

tor, 1986, 2 vols.; y para Chile, Bernardo Subercaseaux, *Historia, literatura y sociedad. Ensayos de hermenéutica cultural*, Santiago de Chile, Documenta, 1991.

<sup>43</sup> Cusco, Centro de Estudios Rurales Andinos "Bartolomé de las Casas, 1984, p. 16-17.

#### 4. Modelos extranjeros y literatura nacional

Zanjadas las disidencias y las rivalidades de los primeros momentos de la república, la oligarquía chilena, radicada en Santiago, con el auxilio de alianzas matrimoniales —y los consiguientes lazos de parentesco— consolidó su hegemonía en el poder económico y político a lo largo del siglo XIX. Concluida con el triunfo chileno la guerra con la Confederación Peruano-Boliviana, los gobiernos de Manuel Bulnes y Manuel Montt impulsaron una modernización basada en el desarrollo minero.

En alrededor de veinte años había aumentado el número de habitantes de un poco más de 1.000.000 a algo más de 1.500.000, concentrados en el área agrícola del centro del país, en la cual la población rural ascendía al 80% —dato importante para sopesar la exclusión de la mayoría en el tema que nos ocupa, índice además de situaciones similares, si no peores, en los restantes países latinoamericanos.

Hacia mediados de siglo Santiago de Chile tenía 85.000 habitantes. Se había incrementado considerablemente la escolaridad (de 5.700 alumnos en 1831 se llega a unos 43.000 en 1861) y la alfabetización cubría en 1854 el 17% de la población masculina y el 10% de la femenina; en 1865, las cifras ascendían al 20% y al 14% en uno y otro caso.<sup>1</sup> Además, la oferta educativa creció al sumarse a las dos bibliotecas

públicas existentes, la Biblioteca Nacional, cuyo funcionamiento efectivo ocurrió a partir de 1835, la Biblioteca del Instituto Nacional y las Bibliotecas Populares.

El contacto directo con la cultura europea se había ampliado también durante la década del cuarenta en los sectores urbanos un poco más allá de las élites criollas, por la divulgación de ideas y modas difundidas por libros y periódicos, así como por la residencia de chilenos en distintos países del viejo continente, especialmente en Francia —Santiago Arcos, Francisco Eilbao, Vicente Pérez Rosales, etc.—, y la presencia en Chile de muchos europeos ilustrados —el naturalista Claudio Gay, el geólogo Pissis, o los pintores Rugendas, Cicarelli y Monvoisin— junto a hispanoamericanos como el mismo Andrés Bello, Simón Rodríguez o el colombiano García del Río, además de los argentinos emigrados —Domingo F. Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre. El estado encomienda a algunos de ellos la organización y dirección de las instituciones fundadas entre 1848 y 1849, como la escuela de Bellas Artes al pintor Cicarelli; la Escuela de Arquitectura, a Brunet de Baines; la Escuela de Artes y Oficios, al francés Julio Juriez; el Conservatorio Nacional de Música, a Adolfo Desjardins, y la Quinta Normal de Agricultura (1849), al italiano Luis Sada.

En este marco había prosperado el comercio del libro —cuya propaganda llevaba adelante el periodismo en expansión. Según informa Bernardo Subercaseaux en su excelente investigación *Historia del libro en Chile (alma y cuerpo)*, en 1849 Valparaíso contaba por lo menos con cinco librerías y en Santiago una de ellas, la de los hermanos Cueto, ofrecía en su catálogo 2.741 títulos en venta. De allí que denomine a este momento como “Cultura liberal: formación de una sociedad lectora” con el fin de destacar justamente la significación de la lectura y el libro no solo respecto a los cambios en la producción y circulación, sino también en su función simbólica: “Para los intelectuales de 1840 el libro fue entonces no solo un arma de combate sino también un trofeo, un

logro que confería el más alto de los rangos y que legitimaba el rol que cada uno ocupaba en la batalla de la civilización.”<sup>2</sup>

Efectivamente, la llamada generación liberal de 1842, liderada por José Victorino Lastarria, e integrada por Francisco y Manuel Bilbao, Eusebio Lillo, Miguel Amunátegui, Salvador Sanfuentes, José Joaquín Vallejo, Jacinto Chacón, Diego Barros Arana, entre otros, junto con los emigrados argentinos (Domingo F. Sarmiento, Vicente F. López, Juan B. Alberdi, Bartolomé Mitre), acudieron sobre todo al libro, como autores, críticos o difusores, y a la prensa, como fundadores, directores, redactores o cronistas. Con fe notable y con notable eficacia intervinieron en la definición del libro como un bien cultural y en el diagrama de políticas culturales en un período de importantes luchas por las representaciones sociales y en el cual la oligarquía debía compartir su primacía con nuevos actores provenientes de las clases medias.

Asumiendo una misión regeneradora de la sociedad, la enfocaron atentos al desarrollo de las instituciones abiertas a la discusión y al diálogo, tanto como a los estudios históricos, filosóficos o sociales en función de las condiciones locales, planteándose también la necesidad de una literatura propia original, capaz de incidir en (y de plasmar) una identidad chilena diferenciada de la colonial heredada.<sup>3</sup> Se ve al drama, al cuadro de costumbres, a la novela, sobre todo al folletín en los periódicos o a la edición por entregas, como instrumentos para apoyar su ideario aprovechando la incorporación de esos nuevos lectores que, muy lentamente es cierto, proporcionaba la escuela elemental, dado que, por otra parte, la instrucción popular era un objetivo fundamental para la transformación que propugnaban de la sociedad nacional.

Un ejemplo, en el número 23 de *El Semanario de Santiago*, del 8 de diciembre de 1842, el artículo “Las novelas en el día” (extracto del publicado en el *Diario de los Debates*) manifiesta un entusiasmo similar por el género en Chile al comentar la “furiosa pasión del público por la novela, única afición de la época”, a la que pone en consonancia con las

experiencias decepcionantes de la cotidianidad ("Cuanto menos hay de novelesco en la sociedad del día, más le agrada la novela; y cuanto menos le placen las aventuras en la política tanto más las solicita en los libros"). Corrige además el carácter nocivo para la moral y las costumbres endilgado a la novela, y defiende al mismo tiempo su capacidad para analizar la vida social contemporánea. Es constante, por otra parte, la presencia en sus páginas de textos y de asuntos literarios ya desde el primer número (14 de julio de 1842) con el artículo titulado "Literatura", donde señala que "comienza a germinar en la juventud de Santiago una afición a las letras desconocida. Numerosas sociedades se forman en diversos puntos", expresión ésta que unida a las discusiones, al interés del periodismo, se celebra como un modo de trabajar por la educación e ilustración de la sociedad.<sup>4</sup> En el segundo número (21 de julio de 1842) se ocupa de la defensa del romanticismo y en el siguiente vuelve al tema al tratar los usos del libro y la lectura. Un poco más adelante, en los números 11 y 12, de 18 y 25 de setiembre del mismo año, reproduce los juicios críticos de la Comisión Calificadora del Certamen Literario (firmados por Carlos Bello, A. García Reyes y José Victorino Lastarria), impulsado por su compromiso con la difusión de la literatura nacional, fundamento del proyecto de la Sociedad Literaria, planteado ya en el discurso de incorporación de Lastarria, su director. "Se trata de un manifiesto programático, pero también de algo más, puesto que se inserta en una concepción historiográfica liberal que ve en la literatura un instrumento para el desarrollo del espíritu, que la concibe como una instancia que unida al desarrollo natural de la sociedad permitirá que el país alcance su plenitud histórica."<sup>5</sup> Incluye el proyecto la atención a sucesos semejantes en otros países hispanoamericanos, sin duda favorecida por los lazos personales y por la actuación personal directa, como ocurre con el artículo sobre el Certamen poético de Montevideo en 1841, de Juan Bautista Alberdi, en el número 6 de la *Revista de Valparaíso*, que anteriormente había publicado "Clasicismo y romanti-

cismo" de Vicente Fidel López y poemas de Juan María Gutiérrez. Este es el entorno de las últimas cartas de Carmen Arriagay el de la producción narrativa de Alberto Blest Gana. En él se pueden advertir, según lo dice, varias formaciones de lectores, diferenciadas por la dirección de sus preferencias ya que, si por una parte tienden a prevalecer en la elección del material impreso preocupaciones políticas y filosóficas, además de los intereses tradicionales —libros piadosos, almanaques, etc.—, en el interior de ellas se advierten orientaciones más ceñidamente programáticas frente a registros más amplios, en los cuales la literatura juega un rol significativo.

Sarmiento despliega en estos años una intensa actividad promotora de la educación, en la cual privilegia tanto el rol de las instituciones escolares como el auspicio de la edición y comercio del libro, pues los juzga las bases materiales indispensables para desarrollar hábitos de lectura en amplios sectores sociales. Busca modelar tanto la capacidad como la necesidad de leer, batallando contra los que se arrogan el monopolio de definir la lectura legítima. De allí su defensa de la novela como incitadora e introductora de la lectura "seria", reconociendo que a causa de la inclusión de libros solo de esa índole habían fracasado las Bibliotecas Populares, cuya creación impulsó en 1845. "Entre 1842 y 1845 publicó varios artículos a favor del género, burlándose de la *Revista Católica* que calificaba a los folletines de 'inmorales', y presionaba al gobierno para que tomara cartas en el asunto." Ya en Argentina (1866) sigue sosteniendo tales ideas: "Aprender a leer es obra larga y penosa. ... Solo la novela folletín ayuda a vencer esta dificultad y la vence ... La novela y los diarios han cumplido esa función ... Soulié, Dumas, Balzac, han estado enseñando a leer a la América del Sur, que para leer sus novelas-folletines se han convertido en una vasta escuela. Dios se los tenga en cuenta, mal que les pese a los moralistas, que no saben qué 'pero' ponerles aun en las buenas novelas. Las novelas corrompen las costumbres; exaltan las pasiones ... y la retahíla que todo el mundo sabe de me-

moria, a fuerza de oírlos en el púlpito y aun en la sociedad laica. Yo —en cambio— absuelvo de toda culpa (a las novelas) hasta a las malas pues ellas nos han enseñado a leer y han sido, en consecuencia útiles y serviciales al cultivo de la inteligencia”.<sup>6</sup>

La carta de *Viajes* a Antonino Aberastain (1846) sobre su estadía en París muestra su optimismo inquebrantable en el poder del libro, y se deja ver contradictorios juicios sobre la importancia de novelas y folletines en la formación del gusto y de las ideas en la opinión pública francesa, lo deslumbra la actividad editorial y de la prensa. Sobre todo le interesan los efectos políticos de la expansión de la novela moderna en la masa y, en consecuencia, en la transformación de la sociedad. En una misma página afirma: “¿Es Ud. literato? Entonces consagre un año a leer lo que publica cada día esa turba de romancistas, poetas, dramatisas, que tienen en agitación a los espíritus, que hacen de París una sociedad pueril, oyendo con la boca abierta a esa multitud de contadores de cuentos para entretener a los niños, Dumas, Balzac, Sue, Scribe, Soulié, Paul Feval, que os hacen llorar y reír, que inventan mundos y pasiones extrañas, hartarse de sentir emociones, de hacerse pinchar los nervios con descripciones atroces, terribles, irritantes” (p. 112). Para enseguida apuntar “El socialismo cunde, y las novelas de Sue y los dramas lo predicán, lo exponen en perspectiva”, y luego: “El folletín es, como Ud. sabe, la filosofía de la época aplicada a la vida, el tirano de las conciencias, el regulador de las aspiraciones humanas. Un buen folletín puede decidir de los destinos del mundo dando una nueva dirección a los espíritus. León Gozlan ha publicado uno en estos días, que para mí vale más que el tratado Mackau.” (p. 114)<sup>7</sup>

Más atentos unos miembros de las élites liberales a la necesidad de echar las bases de una moderna literatura nacional<sup>8</sup>, o más inclinados otros a privilegiar el papel que ella pudiera cumplir como instrumento para dotar a la república de Chile de una democracia moderna y auténtica, en todos era visible el peso de las ideas de Herder, Lammenais, Fourier

o Saint-Simon, Thierry o Tocqueville, aunque contribuyó a intensificar las diferencias el éxito de la *Historia de los girondinos* de Lamartine en 1848<sup>9</sup>, en un momento en que la prensa se vuelca al estallido de la revolución en Francia, vivido con entusiasmo por algunos jóvenes chilenos residentes en París.<sup>10</sup> Ellos fundaron en 1850 la radicalizada Sociedad de la Igualdad, presidida por Santiago Arcos (uno de los recién llegados de Europa) e integrada en número importante por el artesanado urbano, unido a jóvenes liberales de relevante actuación en esta etapa —Francisco y Manuel Bilbao, Eusebio Lillo, Manuel Recabarren, José V. Lastarria, y también José Zapiola—, la cual propició nuevas formas de sociabilidad política, confiada, entre otras modalidades, en la productividad de la lectura colectiva. *El Amigo del Pueblo*, periódico de la Sociedad, entre las propuestas para mejorar las condiciones de vida de los sectores populares se ocupa del fomento de la lectura, especialmente en cuanto favorece la convivencia pública: “las asociaciones en número muy pequeño, las reuniones de familia, la lectura en pequeños círculos, en donde la palabra escrita y la palabra hablada desarrollaran las santas doctrinas del sistema republicano, surtirían maravilloso efecto, acostumbrando al pueblo a estas reuniones familiares, pacíficas, dignas y morales.”<sup>11</sup> Esta más que escueta consideración de la Sociedad de la Igualdad sirve además para enmarcar el trabajo literario de Alberto Blest Gana pues la incorpora a la historia narrada en *Martín Rivas* a través de la intervención de algunos personajes protagónicos en los movimientos de 1851 y 1859, con que culmina la asociación y sobre todo la resistencia armada del interior del país a la hegemonía de Santiago.

Pero ahora es ya tiempo de introducir los temas de este capítulo y abordar el discurso de Blest Gana, “Literatura chilena. Algunas consideraciones sobre ella”, cuando se incorpora a la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, el 3 de enero de 1861,<sup>12</sup> destinado a exponer los problemas que debía enfrentar todo escritor preocupado por crear una literatura nacional. Avalaba su palabra su expe-

riencia en el periodismo, iniciada en *El Museo* de Deago Barros Arana en 1853, en donde publica a partir del número 13 su primera novela por entregas, *Una escena social*, no sin escándalo, en la que establece distancias con el sentimentalismo romántico, aprovechando la puesta en escena de la lectura: "Todo esto es falso, dije un día cerrando indignado un tomo de la *Nueva Heloísa*; detesto estas virtudes lacrimosas, tan recatadas en el sensualismo, que lloran sobre una falta, hasta encontrar de nuevo la ocasión de cometerla; y lleno de despecho contra el pacífico ciudadano de Ginebra, arrojé el libro hacia la extremidad opuesta de la mesa."<sup>13</sup>

En *La Revista de Santiago*, la *Revista del Pacífico*, *La Semana*, *La Voz de Chile* y *El Correo del Domingo* se leían sus artículos de costumbres y sus folletines, a veces editados enseguida en libro, cuyo eficacia era puesta a prueba al diluirse los efectos de lectura de las interrupciones calculadas de la novela por entregas en otro tipo de concreción, tanto como el modo que jugaba en el contexto del periódico, en esa larga etapa en la cual los enfrentamientos políticos del momento aparecían involucrados muchas veces en las ficciones, comprometiendo de otro modo la lectura. La producción de Blest Gana no es ajena a esta presencia y al interés que ella despertaba en el público, más allá de sus convicciones estéticas e ideológicas.

Cuando pronuncia su discurso ya era autor de siete novelas, hecho que muestra no solo una profesionalización como novelista prácticamente única en América Latina,<sup>14</sup> sino que también contribuye a indicar el rápido desarrollo de la prensa en Chile y la existencia de un lectorado que la ha incorporado a sus hábitos. Por otra parte, el premio a su novela *La aritmética del amor* en el Certamen Literario organizado por la Universidad de Chile en 1860 da idea del interés institucional en el progreso de la literatura nacional, tema tratado por Blest Gana poco antes en *La Semana* (11 de junio de 1859) en "De los trabajos literarios en Chile". Todo ello lo convertía en un autorizado exponente de los impedimentos

a la producción de novelas, alegato reiterado en muchos textos contemporáneos de América Latina.

La prosopopeya le brinda la oportunidad de poner de relieve su propio rol y los condicionamientos que debía soportar la República de las Letras, al exaltar las virtudes refrendadas por los trabajos del malogrado Juan Bello y señalar el desaliento ante la falta de retribuciones económicas<sup>15</sup>, ante la indiferencia y la ausencia de una crítica orientadora, un reclamo que se acentuará con el avance del siglo, cuando el aumento del público lector, entregado sobre todo a la lectura de la prensa, vuelva mucho más evidente para el ámbito intelectual la necesidad del comentario que secunde la difusión de la producción nacional.

Reconociendo la existencia de una generación literaria que ha dado obras de valor, sus argumentaciones giran sobre cómo cimentarla, con premisas que vuelven, una y otra vez, a la cuestión del lector —preferencias y competencias— como soporte de una literatura propia ya en camino. Privilegia un género moderno, la novela, la "novela de costumbres", base del proyecto narrativo en el que él mismo está ya embarcado, con la confianza de que ella puede atraer a capas más extensas de lectores porque atiende a sus intereses y usa su lengua —"habla el lenguaje de todos" (p. 469). Precavido, se detiene largamente en el "respeto a la moralidad" (p. 465) al exponer el obstáculo de la censura y las acusaciones de trivialidad a la novela nacional, cuyo desafío mayor es la competencia extranjera "de novelas europeas puestas a tan bajo precio por la industria moderna en manos de los lectores" (p. 465).<sup>16</sup> Pronuncia el discurso en una institución educativa rectora, la universidad, la más propicia para brindar apoyo a un bien simbólico como era la literatura nacional, apoyo atento a las interacciones entre las experiencias de los lectorados en formación y los ya tradicionales, las ofertas del mercado (sobre cuyas manipulaciones advierte y cuyas posibilidades promotoras considera) y la incidencia del mundo intelectual en la opinión pública.

Esta atención de Blest Gana pesa en su interés por la difusión y promoción de su obra, según vemos en las cartas al escritor José Antonio Donoso. La primera, del 1º de setiembre de 1862, incluye el comentario entusiasta sobre la recepción de *Martín Zúvas*: "Sensación en el público, coro de felicitaciones, artículos lisonjeros, quejas de las mujeres cuando se interrumpe su publicación, cartas de elogios, todo llueve sobre el auto como una lluvia de flores." La segunda, del 7 de diciembre de 1863, pide al amigo una crítica para la prensa de *El ideal de un calavera* "a fin de dar a mi libro la mayor publicidad posible", y se confiesa dispuesto a alcanzar una proyección más allá de las fronteras nacionales ("busco lectores y aspiro a que mis novelas salven los límites de la patria y hagan conocer mi nombre en el resto de la América.")<sup>17</sup> La carta a Juan Vicuña, novelista como él, del 17 de enero de 1864, en respuesta a los elogios por *El ideal de un calavera*, expresa más claramente cómo se conjugaban proyecto estético y problemas de público, cuando le confía que la oligarquía se deja atraer solo por novelas europeas y es reacia a aceptar ficciones ambientadas en medios chilenos que menospreciaba por vulgares y ajenos a su círculo, círculo espacial y culturalmente separado de las clases populares en la ciudad, además de sus distancias con los sectores rurales —evidente barrera para esos lazos imaginarios de cohesión nacional que la novela impulsaría, siempre dentro de los límites estrechos de incorporación de esos otros compatriotas como materia narrativa o público lector, aunque una aceptación implicará la otra.

Un signo de distinción oligárquico favoreció la afición a la lectura, en cuanto ésta constituía un tema prestigioso en las tertulias y en los salones, que a imitación de los franceses fueron adquiriendo preponderancia a medida que culminaba el siglo XIX. El intercambio de libros, el comentario o la lectura en voz alta se volvieron costumbre, según el testimonio de Mercedes Marín sobre las veladas en su casa hacia 1865: "¡Cuántas hermosas páginas de Fénelon, de Cervantes, de Chateaubriand, i en suma de Mme. de Stäel, han rodado

por nuestras manos, i encantado los oídos de nuestras madres en algunos ratos de ocio en nuestras deliciosas veladas! Si no bastaban los libros de nuestras casas, los amigos traían los suyos. Su lectura daba amplia materia de conversación a la jente joven, estableciéndose así un cambio mutuo de ideas, no menos favorable al cultivo del talento, que al desarrollo de los más puros i honestos sentimientos del corazón."<sup>18</sup> El siguiente párrafo, fragmento de la rica información de Martina Barros sobre los salones de la élite, es índice claro de las expectativas femeninas acerca de los valores culturales y sociales de tales reuniones, frente a la descalificación de su cuñado, el novelista Luis Orrego Luco, con un capital cultural superior a sus pares de clase social. Leemos en la apreciación de Barros: "Ministros de Estado, miembros del Congreso, escritores de nota, la 'élite' de la inteligencia y la cultura, se encontraba en las reuniones diarias de aquellos salones ... La lectura de las últimas novelas que llegaban, daban margen a conversaciones muy amenas, pasando en revista a los autores de moda como Balzac, Victor Hugo, Chateaubriand, George Sand, Lamartine, Musset, Théophile Gautier, Merimée, los Goncourt, Saint-Beuve, Alfonso Karr, Alfonse Daudet y otros ya olvidados, que suscitaban hondas discusiones." Y en Orrego Luco: "Nuestros políticos leían a Thiers e ignoraban a los grandes publicistas alemanes e ingleses. La gente muy fina, en los salones, hablaba de Octavio Feuillet como de una maravilla. A su culto vino a sucederse años más tarde el de Jorge Onhet, lo que mostraba la falta de gusto de la sociedad santiaguina de aquella época."<sup>19</sup>

Las elecciones de los novelistas en las ficcionalizaciones de la lectura indican cómo los atravesaban estas cuestiones, si bien a menudo se limitaban a incitar a la lectura mediante las cualidades dadas a los personajes lectores, sin mencionar qué leían o haciéndolo vagamente, interesados solamente en destacarla como un valor; mientras otras veces alababan determinados libros o los desaconsejaban, utilizando el título en español, es decir, como si se los leyera en traducción. Y muchas enfatizaban la distinción de los persona-

jes mediante la puesta en escena de la frecuentación de escogidas ediciones extranjeras, como veremos en *Amalia* de José Mármol. Blest Gana emplea las dos primeras, e insistirá en todas sus novelas en advertir sobre los peligros del afrancesamiento banal para la autenticidad de individuos y sectores sociales.

Aparece aquí un tema de actualidad siempre: la lectura de obras extranjeras traducidas o en lengua original, en libros importados. Las novelas o las memorias y autobiografías —las cartas de Carmen Arriagada, ya analizadas—, así como las ofertas de los periódicos, corroboran la irónica aceptación de Sarmiento (quien mediante la repetición del “lloremos y traduzcamos” de Mariano José de Larra establece una neta separación de aguas en cuestiones de lengua con España): estamos en esta etapa ante una cultura letrada atada a la traducción, que convierte a la América hispana en una “nación traducida”, como ocurría con la misma España —en donde el 80% de los folletines aparecidos en la prensa periódica eran extranjeros, franceses en su gran mayoría y, entre 1880 y 1890, el 50% de las novelas publicadas eran traducciones, sobre todo de Francia.<sup>20</sup>

Más que la literatura “seria” fue el folletín romántico el que se constituyó en una verdadera marea. Entre los autores franceses se destacaron Dumas padre y Eugène Sue. “La mayor parte de los diarios del Chile de entonces publicaron sus obras en capítulos que aparecían secuencialmente día a día. Incluso *El Amigo del Pueblo* ... publicó, durante su breve existencia *El collar de la reina* de Dumas. Entre 1848 y 1851 se imprimieron en diarios chilenos ... *Los tres mosqueteros*, *Pablo Jones*, *El conde de Montecristo*, *El caballero d' Harmental*, *Veinte años después*, *Las cuarenta y cinco*, *La dama de Monsoreau*, *Las dos Dianas*, *La guerra de las mujeres*, *Cesarina*, *La reina Margarita*, *El caballero de la casa roja*, *El collar de la reina*, *El vizconde de Bragelonne* y *Angel Pitou* de Dumas padre. *El judío errante*, *Los misterios de París*, *Matilde*, *Plik y Plok*, *Los siete pecados capitales*, *Teresa Dunoyer*, *El castillo del diablo* de Eugenio Sue.”<sup>21</sup>

Sabía Blest Gana, más allá de lo expresado en la carta a Juan Vicuña y en el discurso en la universidad, que esta preponderancia generaba problemas estéticos e ideológicos en los novelistas que proyectaban una poesía al día de su labor, unida a los límites morales, como le ocurría a él, respecto del realismo de Balzac y Stendhal. Se ponía entonces en escena o la tutela que los países jóvenes debían aceptar obedientes, esto es, la imitación de los modelos recomendables; o se esperaba que la mirada atenta a lo local actuara como reaseguro de originalidad. La lectura era siempre una mediadora imprescindible, a la vez temida y deseada.

En esta cuestión me interesa dejar de lado el criterio de “desviaciones” respecto de movimientos estéticos que, por otra parte, en sus ámbitos de origen presentaban tramas complejas y con lineamientos encontrados, muy lejos de toda idea de homogeneidad en las obras mismas y, por supuesto, multiplicadas por la diversidad de las lecturas posibles de una misma obra y por la diversidad del propio lectorado. Es bueno tener presente que caracteriza a la lectura el hecho de ser una comunicación diferida, es decir, que en ella se establece una distancia, una separación que instala la segunda acepción de diferir, vinculada con lo que difiere, con lo diferente.

Sobre tal producción operaban las transformaciones de las lecturas hechas aquí, porque se insertaban en distintas formaciones de lectores, y en la libertad de lectores individuales (pertenecientes a diferentes contextos y tradiciones sociales, culturales, literarios, nacionales y de todo el ámbito hispanohablante), decisivos a la hora de perfilar elecciones e itinerarios.<sup>22</sup>

Tal es la perspectiva de Sylvia Molloy en *Acto de presencia* respecto de las autobiografías latinoamericanas: “el autobiógrafo a menudo recurre al archivo europeo en busca de fragmentos textuales con los que, consciente o inconscientemente, forja su imagen. En ese proceso, se alteran en forma considerable textos precursores, no solo porque se los trate con irreverencia sino porque el archivo cultural euro-

peo al ser evocado desde Hispanoamérica, constituye ya otra lectura".<sup>23</sup> Y la de Ricardo Piglia, en *Crítica y ficción*: "La literatura nacional es la que organiza, ordena y transforma la entrada de los textos extranjeros y define la situación de lectura... En el fondo uno se apropia de ciertos elementos de las obras extranjeras para establecer parentescos y alianzas que son siempre una forma de aceptar o de negar tradiciones nacionales."<sup>24</sup> La lección de los propios predecesores y el marco amplio de la experiencia literaria serán las herramientas aptas para Antonio Cándido.<sup>25</sup>

Desde estas perspectivas debemos encarar las consideraciones acerca de los encuadramientos estéticos atenuados de modo rígido a corrientes europeas sobre todo, pues a la variedad en cada una de ellas debe agregarse los modos en que aquí se las reformula. Este es el caso de las dos novelas que especialmente trato, *María* de Jorge Isaacs y *Martín Rivas* de Alberto Blest Gana, más o menos contemporáneas, cuya adscripción al romanticismo y al realismo, una más ligada a lo residual y otra a lo emergente, es revisada por la crítica con la incomodidad que produce la ubicación rápida. Solo me atengo a la manera en que modelos deseados se vehiculizan en función de horizontes de lectura permitidos.

### Ficcionalizaciones republicanas iniciales

Los autores suelen recurrir a la ficcionalización de la lectura al referirse a estas cuestiones, siempre escogiendo los problemas. En tales representaciones las objeciones morales o las críticas se dan más oblicuamente en una primera etapa, para cobrar peso mayor a partir de las últimas décadas del siglo XIX, cuando irrumpe un nuevo público lector muy ampliado y más diversificado, abastecido por distintos circuitos e inmerso en disputas del ámbito intelectual entre cosmopolitismo y nacionalismo, en las que también estaban involucrados desde distintas experiencias. Más bien en el modo de plantear estética o moralmente tal oposición se suele

demonizar a la lectura extranjera, especialmente francesa, de decadentes y naturalistas. Por ahora se busca sobre todo promover la lectura de novelas, y muchas veces de novelas nacionales: se insiste en la distinción —dado el alto analfabetismo y la difícil posesión de libros—, del papel que en la sociabilidad y en las sensibilidades tiene la lectura, entre otras cuestiones ya mencionadas.

En muchas de las novelas latinoamericanas, especialmente en una primera etapa, la representación de la lectura es un simple topos destinado a responder a la escena de costumbres, al color local o al verosímil realista, que poco incide en la historia contada y no da pie a introducir significaciones estéticas o ideológicas. Muestran sí a la lectura como algo ya habitual en ciertos sectores sociales. Algunas, sin embargo, engarzan este recurso a los destinos de los héroes de la narración para impregnar a su vez a toda la sociedad representada, como ocurre en *Martín Rivas. Novela de costumbres político-sociales*, que entre el 7 de mayo y el 18 de julio de 1862, Blest Gana publica en *La Voz de Chile*, donde ya se leían sus sátiras a las costumbres y modas santiaguinas tituladas "Conversaciones del Sábado". Ese mismo año se edita como libro en la Biblioteca del mismo diario, donde también aparece su siguiente novela, *El ideal de un calavera*.

Es difícil inscribir esta activa colaboración en la simple oportunidad, en cuanto reparamos en la crítica a las modalidades políticas conservadoras y a la inclusión en *Martín Rivas* de los ideales de la juventud universitaria que participara en la Sociedad de la Igualdad y en la rebelión armada de 1851, además de la relevancia de la dedicatoria al director del periódico, Manuel Antonio Matta, fundador del Partido Radical, cuando se edita en libro. En su juventud Matta había estado muy cerca de los fundadores de la Sociedad de la Igualdad, había compartido con algunos la experiencia parisina entre cursos en el Collège de France y la revolución del 48; cuando regresa al país en 1862, luego de sufrir destierro por su participación en la guerra civil de 1859, retoma su militancia en las filas del liberalismo "rojo", enemigo de

Manuel Montt y profundamente laicista y anticlerical, cuyo órgano de prensa era *La Voz de Chile*, que sobrevivirá hasta 1864.

La dedicatoria expresa claramente la orientación de la novela —“la propagación y defensa de los principios liberales”— encaminada a brindar “un ejemplo digno de imitarse” mediante una carrera del mérito sustentada en el trabajo, el estudio y el respeto a las conductas aconsejadas, cuya aceptación descansa en convicciones sometidas a sensatos criterios burgueses, atentos a la pertenencia de clase y a su incidencia social y política, responsable pero mesurada en cuanto a posiciones radicalizadas, como puede verse en el contrapunto entre Rafael San Luis, cuya muerte (plantada de todos modos como el sacrificio por un ideal) retira de la escena a un personaje sin la mesura y los frenos recomendables a sus apetitos (más bien “deslices”) frente a la rectitud y ponderación sobre situaciones, pertenencia social y proyecto de vida de Martín Rivas. No podemos restar significación al hecho de que el protagonismo de la novela modeliza los buenos resultados de la preocupación del Estado y de las élites comprometidas en su dirección acerca de la educación, cuyos ideales el protagonista ha aprendido y encarna, al mismo tiempo que se tiende a representar la interacción entre distintos estratos sociales y regiones de la nación. El modesto provinciano Martín Rivas, que provenía de la rica zona minera de Copiapó, bajo la protección de la “aristocracia del dinero” capitalina, es ejemplo de la sensata aceptación de la supremacía política y social del grupo hegemónico, concretada mediante el matrimonio.<sup>26</sup>

La publicación como folletín semana a semana (su ausencia en alguna de ellas provoca reclamos del lector) inscribe a *Martín Rivas* en el contexto discursivo heterogéneo del periódico, cuyo interés por la difusión literaria es bien visible en las secciones dedicadas a ella, como la titulada “Literatura nacional”, que reproduce casi siempre poemas (del director, de Guillermo Blest Gana, etc.), o la de “Lectura Amena”, con relatos de Fernán Caballero, quien ocupará el

espacio delicado a la novela de Blest Gana al finalizar ésta, ubicada generalmente al pie de la primera página. Por otra parte, los cortes del folletín en función del suspenso varían en el libro, que da prioridad a la división en capítulos. Aumentó el interés con las identificaciones propias de la lectura en clave —se creyó que algunos personajes se inspiraban en conocidas personalidades, como Mercedes Marín o Manuel Recabarren.<sup>27</sup>

La historia narrada relaciona dos ambientes santiaguinos opuestos, criticados desde perspectivas éticas y sociales: la “aristocracia del dinero”, con matrimonios que suelen acordarse por intereses económicos —la prosperidad proviene muchas veces de la dote de las mujeres—, en los cuales las ideas políticas se acomodan a especulaciones similares; y el “medio pelo”, la “cara inferior de la sociedad decente”, así la define Luis Alberto Romero<sup>28</sup>, en la que también prevalece la inautenticidad, merced a la imitación de costumbres vaciadas de sentido de los sectores pudientes, en una crítica a la función modelizadora que deben cumplir las élites.

En uno y otro se diseñan dos tipos de lector, cuya representación se reserva sobre todo a los personajes femeninos de uno y otro ámbito, si bien el libro como objeto refinado aparece en detalles que convalidan la distinción de la “aristocracia del dinero”. En el mundo masculino los viejos pelucones solo leen periódicos, guiados por conveniencias políticas, en tanto se reserva la “lectura seria” a los héroes de la novela, Rafael San Luis y Martín Rivas, estudiantes de leyes, adscriptos a ideales liberales especialmente el primero, y al estudio, el segundo. Aunque apenas se escenifican en la novela estas lecturas, ya desde el inicio se tematiza la responsable entrega al estudio de Martín Rivas, que motiva las peripecias de la primera salida de este provinciano pobre por las calles de Santiago, movido por el deseo de comprar libros. Martín Rivas puede también representar los cambios que la educación profesional brindada por la Universidad de Chile produjo en la supremacía cultural de las élites tradicionales de la oligarquía, al promover el ingreso de individuos de las clases medias y del interior del país.

Podríamos decir que, en general, algunos de los personajes jóvenes de este sector social hojean de cuando en cuando un libro, un modo de connotar la asiduidad de su presencia, pero la novela prefiere introducir la lectura para indicar la dificultad de entregarse a ella porque se está entregado al amor —a las ilusiones o a la pérdida (“Hubo momentos en que quise leer; pero me fue imposible: el dolor me ahogaba, y mis ojos hacían vanos esfuerzos para hacerse cargo de las palabras del libro, porque en mi imaginación ardía un volcán.”, p. 84).<sup>29</sup> Elige también la lectura de cartas, transcriptas en la novela, que involucra a prácticamente todo el mundo juvenil, representación de un sentimentalismo en cuyos estereotipos teme caer el autor, visibles en los reparos del narrador: “Martín agregó a esta carta las manifestaciones del agradecimiento que conservaba a la familia de Leonor y evitó ... el amanerado romanticismo puesto en boga por las novelas para el estilo amatorio epistolar.” (p. 335)

En las novelas de la época suele acudir a lo cómico para presentar a la mujer madura lectora, y politizada. Blest Gana utiliza el recurso para introducir a doña Francisca, constantemente absorbida por la lectura literaria, a la que define como literata. Si bien el recurso a la comicidad devalúa al personaje, tal efecto se atempera en cuanto la novela centra la crítica sobre todo en el marido, quien siempre sale mal parado por una moral y un proceder ligado al dinero (p. 107). En la tertulia familiar doña Francisca se mete en las conversaciones masculinas sobre la política del día, con ideas liberales bien argumentadas y brevemente expresadas (se le concede poco espacio), sin cuidarse de las reconvenções de su ignorante y acomodaticio cónyuge.

Con esta ficcionalización ingresa el tema recurrente de la “mujer bachillera” unido a la incomprensión del marido, en tanto solo aparece aludido en esta etapa el fantasma de la mujer entendida en política. *Martín Rivas* circunscribe estrictamente esta intervención al espacio doméstico, pero de todos modos estamos ante un personaje que no somete —con razón— al marido sus convicciones, moldeadas sobre todo

por la lectura de George Sand<sup>30</sup>, citada repetidas veces. No es una elección ingenua de Blest Gana, ya que convoca el atractivo de una autora muy leída por entonces y, de algún modo, pone en pie de igualdad a la mujer escritora, y a una mujer cuya imagen e ideas políticas y sociales, además de la crítica a la tiranía del matrimonio en *Indiana* y en *Valentine*, esta última mencionada en *Martín Rivas*, además de la alusión a *Historia de mi vida*. Por otra parte, George Sand era vista negativamente por ciertos grupos de opinión chilenos, como muestra la agria crítica del 8 de agosto de 1854 en la *Revista Ecléctica Española*, con la que acuerda Andrés Bello por razones ideológicas más que estéticas —“expresión exacta de nuestro modo de pensar sobre el carácter de algunas producciones de la moderna literatura francesa”.<sup>31</sup>

El medio pelo no posee libros, la única lectora de ese ámbito, Edelmira, aficionada a novelas y folletines, los obtiene prestados, pero accede a ellos, en buena medida responsables de sus sentimientos y conductas, según estrictos cánones patriarcales —la capacidad de sacrificio, por ejemplo—, dada la poco recomendable moral de su hogar. Blest Gana legaliza a través de este personaje los efectos morales de la alfabetización y de las novelas, promoviendo el apoyo de su frecuentación por su capacidad de moldear subjetividades y modos de sociabilidad deseados, especialmente en las capas de la población con escasas posibilidades de instrucción.<sup>32</sup>

### Los ámbitos inconciliables de *Amalia*

En *Amalia* de José Mármol no son posibles estos pasajes de Blest Gana. Apareció como folletín en 1851 en el periódico antirrosista *La Semana*, que dirigió Mármol durante su exilio en Montevideo, y del cual era prácticamente su único redactor. Estamos ante una novela claramente política, cuya densa intriga sabe aprovechar los modelos del sentimentalismo y lo conspirativo de la novela por entregas para secundar la campaña de *La Semana* en apoyo del levantamiento

del general Justo José de Urquiza. Logra en tal contexto tener en vilo al lector semana a semana con los resortes de la intriga, en la cual une personajes reales y ficticios con la represión del gobierno de Juan Manuel de Rosas en los años cuarenta en Buenos Aires —cuya rememoración completa con el resumen de los hechos históricos, entre ellos los de la campaña del general Lavalle para derrocar al rosismo. Este fracaso, y sus causas desde las perspectivas del héroe y del narrador, dialogan con el periódico, reforzando su ideario y propaganda con la amenaza latente del terror vivido en ese pasado cercano que *Amalia* vuelve a la escena.

Con el triunfo de Urquiza en 1852 el folletín se interrumpe, sin que el reclamo de los lectores consiga torcer el respeto del autor a las conveniencias políticas que aconsejaban una pacificación y conciliación social que *Amalia* podía interferir, dada la violencia con que había representado al régimen vencido.<sup>33</sup> Solo tres años más tarde se edita en libro, corregida y con los capítulos finales, cuando poco a poco se han diluido los enfrentamientos políticos. Se produce así una recepción liberada del contexto de la primera, que el libro contribuía a disolver. Pasará de “novela política” a “novela histórica”. Las diferencias de contextos políticos y culturales entre la publicación primera y las ediciones siguientes, acentuadas sobre todo cuando a ellas se sumaba el soporte en el que circularon los textos, crea en América Latina configuraciones muy peculiares entre producción, lectura primera y relecturas, sobre todo si se instalan a nivel continental. La ilusión del acceso inmediato y más o menos compartido disuelve la mediatización originada en el espesor de las diferentes tradiciones que el lector actual debe atravesar.

La lectura es signo de distinción con dimensiones políticas en *Amalia*: Solo leen los opositores a Juan Manuel de Rosas y, entre ellos, el sector calificado por su pertenencia social.

La preferencia por los románticos ingleses y franceses indica los ideales estéticos y sociales de toda la generación proscripta cuando aparece la novela. Uno de sus represen-

tantes, el conspirador Daniel Bello, miembro de la clase terrateniente y activo opositor a Rosas, sostiene esos ideales nutridos por su educación esmerada, que la novela detalla al detenerse en la expectativa paterna, singular entre los hacendados rosistas de la novela, puesta en la carrera universitaria y visible en el cuarto de estudio del joven, “cuyas paredes estaban casi cubiertas por los estantes de una riquísima librería” (v. 1, p. 40).<sup>34</sup> En las intrigas de este personaje deposita la novela buena parte de la lucha antirrosista en Buenos Aires (y la salvación de la pareja protagónica), llevada a cabo mediante la continua escritura y lectura de cartas y documentos, casi siempre secretos y peligrosos, abusivamente transcriptos.

La escena de lectura ingresa en la presentación de la protagonista para dar pautas de su subjetividad a través del entorno refinado: “Amalia ... pasó corriendo a un pequeño gabinete contiguo a la sala, separado por un tabique de cristales, y tomó de una mesa de mármol negro una pequeña lámpara de alabastro, a cuya luz la joven leía las *Meditaciones* de M. Lamartine, cuando Daniel llamó a los vidrios de la ventana y, volviendo a la sala, puso la lámpara sobre una mesa redonda de caoba, cubierta de libros y de vasos de flores”. (v.1, p. 22)

Más adelante, la velada íntima crea un espacio ideal protegido momentáneamente del acecho enemigo en el grupo selecto ficcionalizado, que condensa en la oposición política ilustrada a las víctimas de la “barbarie”, recurriendo nuevamente a la lectura. Estamos ahora ante la *lectura-comunión*, analizada por Joëlle Mertès-Gleize<sup>35</sup>. Aquí el escogido es Byron, un modo de caracterizar el romanticismo de Eduardo, frente a las inclinaciones más ligadas a los ideales revolucionarios del iluminismo, que nutren los imperativos de acción heroica en Daniel Bello, cuya mención de Voltaire y Rousseau, además de Napoleón, sirven de preámbulo a la burla de Pedro de Ángelis, importante intelectual del rosismo. Byron inspira y se hace cómplice con su efecto en la expresión del sentimiento hasta ceder su protagonismo para dar

paso al juego amoroso de roces y miradas: "le traducía uno de los más bellos pasajes del *Manfredo* de Byron; y Amalia, reclinando su brazo sobre el hombro de Eduardo y rozando con sus rizos de seda la alta y pálida frente, lo oía, enajenada, más por la voz que llegaba hasta su corazón, que por los bellos raptos de la imaginación del poeta y de cuando en cuando Eduardo levantaba su cabeza para buscar en los ojos de su Amalia un raudal mayor de poesía que el que brotaba de los pensamientos del águila de los poetas del siglo XIX". (v. 1, p. 331)

Si bien esta presencia del libro comparte las funciones más o menos habituales, la constante escritura y lectura deriva sin cesar a la política y a una dirigencia constituida por aquellos que poseen las competencias necesarias de educación y condición social. Tal deslinde se vuelve particularmente claro en los personajes cómicos incorporados al mundo letrado como colaboradores obligados en las conspiraciones de Daniel Bello. Por una parte, su maestro de primeras letras, don Cándido, viejo pusilánime, cuyo desinterés e ignorancia en política aparecen inesperadamente vinculados a su afición a las letras, descalificada si atendemos a la descripción de su sala: "se veía en aquélla mucho papel, algunos croquis, un enorme diccionario de la lengua, un tintero ..., y todo en ese honroso desorden de los literatos, que tienen las cosas como tienen generalmente la cabeza". (v. 1, p. 183).

La misma afición caracteriza a dos personajes femeninos. Una de ellas es la hermana de Rosas, Mercedes, "la Safo federal" (autora de *María de Montiel*, novela que se publicará en 1861), ridiculizada con la transcripción de un soneto celebratorio del régimen, que se le atribuye en *Amalia*, cuya lectura sirve para dividir formas de sociabilidad de ambos bandos ("Para las damas federales los versos estaban pindáricos; pero todas las unitarias tuvieron la desgracia en ese momento de ser atacadas por accesos de tos, que las obligaron a llevar sus pañuelos a la boca"), como fondo de la distinción de Amalia ("¿Dónde estoy, qué gente es ésta: esto es Buenos Aires, esta es la culta ciudad de la República

Argentina?", v. 1, pp. 260 y 258) y de todo un sector social al que solo le queda el aislamiento escogido ("acompañada de mis libros, de mi piano, de mis flores, de todas esas cosas que otros llaman puerilidades, y que son para mí necesidades como el aire y como la luz"), resguardo de una barbarie extendida, sin más, a toda Hispanoamérica ("una sensibilidad que me hace amar todo lo que es bello, grande o noble en la Naturaleza ... todo esto es comúnmente un mal en las mujeres; pero en nuestra sociedad americana, tan atrasada, tan vulgar, tan aldeánica, puedo decir, es más que un mal, es una desgracia.", v. 1, pp. 267-68)

La otra es una literata, lectora incansable y muy politizada, doña Marcelina, quien da pie a una representación audaz mediante la asociación entre lectura y erotismo, así como a tomas de distancia frente al ámbito literario y cultural porteño, especialmente el neoclasicismo de los unitarios, al parodiar en doña Marcelina a sus admiradores —se sabe de memoria las tragedias del poeta Juan Cruz Varela (por entonces exiliado en Montevideo). Se asemeja al grupo en cambio por ser enemiga de Rosas y por eso sufre como ellos persecución política, que expone como signo de una dignidad corroborada por las visitas de miembros del gobierno e intelectuales —"lo mejor que había en Buenos Aires"— a su también escogida tertulia (en realidad una suerte de prostíbulo), aunque casi le acarrea el "destierro de las mujeres públicas". Felizmente la salva un amigo "que se conolió de la inocencia ultrajada por la barbarie, que es lo más inhumano, como dice Rousseau —exclamó con énfasis doña Marcelina, cuyo flaco eran las citas literarias y cuyo fuerte eran las citas de otra especie." (vol. 1, p. 121).

Las distancias que la novela toma entre los lectores anteriores y doña Marcelina tiene que ver, por una parte, con la posesión del libro y la calidad de su edición, descrita en la escena de la tertulia mencionada. Por otra, aparece aquí una distancia, aumentada por la comicidad, surgida de los modos de leer los mismos libros —podríamos decir de un *saber leer*— e incrementada en el caso de doña Marcelina por la

burla de sus discursos exaltados. La actitud de escudar su verdadera condición en la imitación de ciertos hábitos de las élites culmina con la malversación de los raptos amorosos que la lectura en la intimidad auspiciaba, pues también las "sobrinas" que protege suelen retirarse a sus cuartos para disfrutar de ella con algún amigo, como hace el cura Gaete, federal rosista, con Gertruditas.

La construcción paralela e invertida de las competencias de los lectores y de los efectos de la lectura —la idealización amorosa y su degradación, el uso del libro como alardeo de pertenencia social— establecen evidentemente en la novela de Mármol parámetros sólidos y difíciles de sortear por individuos ajenos a la élite social y política diseñada, no solo posibles sino postulados por Blest Gana en la carrera del mérito de Martín Rivas y en la valoración del personaje de Edelmira. Leídos desde el rol asignado a la educación —formal, en el caso de Daniel Bello y de Martín Rivas, e informal en los otros personajes que brevemente he considerado—, se establece una separación de las aguas entre uno y otro autor por las posibilidades que la lectura brinda a los individuos y a la sociedad en su conjunto.<sup>36</sup>

### Elecciones extremas

*Para entender que las cosas andan mal, basta verlas metidas en retórica con libros en la mano, opiniones y hablando en las tertulias. Eso no se ha visto en las civilizaciones, si no entre pueblos que caerán en el desgajadero con ellas en tono de capitanes. Mujeres opinando lo que no pueden saber, pueblo sufriendo. ¡Y las consecuencias solo Dios las sabe!"*  
Arzobispo Narciso Coll y Prat<sup>37</sup>

Por su singularidad me detengo brevemente en una novela política que lleva a extremos inéditos en América Latina

la defensa de los derechos femeninos a la educación. Me refiero a *La emancipada* de Miguel Riofrío, liberal radicalizado, de destacada actividad en la política, la enseñanza y la prensa. La dictadura de Gabriel García Moreno, quien consolida un poder político al asumir la presidencia del Ecuador en 1861, que solo concluirá con su asesinato en 1875, lleva a Riofrío al exilio en el Perú, donde publica esta novela, la más antigua de Ecuador (*Cumandá* es de 1879), como folletín en *La Unión* de Piura en 1863. Un siglo más tarde la edición en libro la recupera como texto fundador de la novela ecuatoriana, en parte con el interés de atemperar incómodos sentimientos de retraso en la aparición del género.<sup>38</sup>

Desde el título mismo, *La emancipada* exhibe las dimensiones de la lucha ideológica en el Ecuador, donde García Moreno, apoyado en el fanatismo católico, instauro un estado teocrático en el cual el Index regula la introducción o la edición de libros en el país, al mismo tiempo que entrega la instrucción pública a distintas órdenes religiosas. Una dirección y un control difícil de sortear para el escaso lectorado ecuatoriano, si tenemos en cuenta el dato indicador de que, en una población de 1.075.996 habitantes, solo había unos 75.000 alfabetos.<sup>39</sup>

Desde el destierro, como Juan Montalvo, si bien no con su significación, Riofrío enfrenta tal estado de cosas, en este caso a través de un virulento alegato contra las restricciones a la libertad de conciencia y de opinión. El punto de partida, y el centro, del reclamo de respeto a las ideas, intereses, sentimientos y derechos femeninos en la esfera pública y privada es la defensa de una educación moderna, según los principios liberales, frente al sometimiento de la mujer a las prerrogativas de la autoridad paterna, que frena el desarrollo de la república. En la heroína se frustra la educación recibida de su madre, encarnación de *la mujer ilustrada republicana*, interesada en política y con criterio para escoger los libros adecuados para su formación y la de sus hijos (dirá su marido "amiga de libros, papeles y palabras ociosas, ... en vez de hilar y cocinar, que es lo que deben sa-

ber las mujeres, le gustaba preguntar en dónde estaba Bolívar, quiénes se iban al Congreso, qué decía *La Gaceta*, y guardaba como cosa de reliquia esos libros de Telémaco y no sé qué otras extravagancias".<sup>40)</sup>

El control extremo impuesto por el padre sobre la protagonista —una "Rebelde con causa", según la define Rafael Carrión— la obliga a abandonar los libros profanos, la escritura, la música y la pintura<sup>41</sup>, por la lectura piadosa, citada en la novela ("Desiderio y Electo", los sermones del padre Barcia y los Cánones Penitenciales), y también a casarse contra su voluntad. La joven toma entonces una decisión insólita: al salir de la iglesia se proclama "emancipada" y "mujer libre", defendiendo a punta de pistola su independencia. Le sigue la prostitución del personaje y su suicidio, utilizados por el narrador para responsabilizar del desenlace al despotismo y al fanatismo religiosos.

Por los mismos años, en 1868, el autor de *Cumandá* y del Himno Nacional ecuatoriano, José León Mera, conservador y ferviente católico, publica *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*, en la cual defiende también la educación femenina al comentar los malogrados "partos literarios" de Dolores Veintemilla de Galindo, incluidos en la *Lira ecuatoriana* (1866). Sus reparos a la formación literaria de la primera poeta ecuatoriana nos dan una idea, igual que el testimonio citado en nota de Tobar, acerca de los alcances de las luchas de Riofrío por una educación moderna: "No es aventurado presumir también que la lectura no fue de lo más selecta, y sin duda cayeron en manos de la joven libros de aquellos que por desgracia abundan en América, insustanciales y corruptores en el fondo, defectuosos y abominables por la forma. ¡Cuán perniciosas a la moral y a las letras son estas novelas románticas, con que cierta novísima escuela francesa riega las semillas del socialismo y la corrupción por todas partes! ... hijas de doctrinas extravagantes y hasta diabólicas"; "Las mujeres, principales víctimas, son las que más se pierden ... que más quisiéramos ver una víbora en el seno de una joven, que en sus manos un libro corrup-

tor."<sup>42</sup> Discursos de este tipo llevó a que se adoptaran estrategias mucho más prudentes para apoyar los derechos femeninos a la lectura y a la escritura, aunque se tuvieran ideas más o menos semejantes a las de Riofrío sobre la función que debía cumplir la mujer en las nuevas repúblicas como madre educadora de los futuros ciudadanos e inspiradora del amor a la patria.

Un deber, el de *la mujer patriota*, sirve a los grupos más modernos, y entre ellos a las mujeres, para respaldar el reclamo de una educación femenina útil para la nación en marcha, más allá de los requerimientos propios del hogar, en cuanto a la instrucción dada por las instituciones, a los materiales de lectura y al derecho a la escritura. Era este último el punto de mayor conflictividad, la resistencia a las mujeres autoras.

Es bueno recordar en este aspecto, y será puesto sobre el tapete de muy diversos modos en los alegatos, que durante las guerras de la independencia y las civiles fueron muchas las mujeres que participaron en la lucha de diversas maneras, además de que con frecuencia afrontaron, solas, la atención del hogar y de los bienes, en el mejor de los casos, cuando no debieron ocuparse directamente, con su trabajo, del mantenimiento de la familia. El tema aparece con insistencia en la novela contemporánea —entre otras en *Doña Inés contra el olvido* (1992) de la venezolana Ana Teresa Torres, donde también la ficcionalización de la lectura juega un papel esencial.

Puede ser oportuno traer el ejemplo de los esfuerzos femeninos por imponerse como autoras recurriendo a las fundamentaciones señaladas. El cuidado de la mexicana Ana María Ortega en la elección de motivaciones respetables —el deber social de "fecundar" el sentimiento de amor a la patria— para convalidar su escritura le acarrearón el éxito de su muy leído libro *El patriotismo, en qué medida y por qué medios puede excitarse*; así como el escoger el tema de las enseñanzas adecuadas y útiles a las mujeres aseguraron la amplia repercusión de *La perla de la casa* de su compatriota

Delfina Rodríguez. Camino similar a ella siguió la primera mujer de letras colombiana, Josefa Acevedo de Gómez (1803-1861) para alcanzar reconocimiento con sus *Ensayo sobre los deberes de los casados* (1844) y *Tratado de economía doméstica para uso de las madres de familia y de las amas de casa* (1848), cuyas nuevas ediciones cubrieron demandas en Ecuador y en Perú —a este último fue destinada toda la cuarta edición del primer libro citado. Este éxito nos habla de las necesidades en las nuevas repúblicas de satisfacer con obras producidas por quienes sabían de costumbres y situaciones domésticas peculiares, propias, en ámbitos alterados por las continuas guerras y por sus consecuencias, en esa otra cara, la de puertas afuera que Josefa Acevedo encaró también acudiendo a muy diversos géneros —la poesía, el teatro, el relato de costumbres y la novela—, sin descuidar los más íntimos, como el diario, entre ellos el inédito *Catecismo republicano* y varias biografías de personajes históricos colombianos, algunos de su familia, con lo cual ponía en escena una suerte de convalidación de su propia vocación de servicio a la patria. Asumida desde diferentes y meditados ángulos, aclaró las razones del atrevimiento por invadir esferas ajenas, masculinas, al amparo sin embargo de aquellas iniciales de su tratado de 1848 que garantizaban su competencia (la economía doméstica): “Debo advertir que no es el deseo de adquirir reputación literaria el que me ha puesto la pluma en la mano. Una voluntad decidida por comunicar a las damas lo que me parece útil, y la necesidad de aumentar en lo posible los medios de subsistencia, son las causas únicas que me han determinado a escribir.” Urgencias concretas y de todos conocidas justificaban la voluntad de ingresar a la esfera pública para contribuir a transformarla con su idealismo social y doméstico, voluntad que no era ajena a la vocación y a los deseos de trabajo y de una profesionalización difícil.

Sus publicaciones estimularon la nota valorizadora y, al mismo tiempo, la oportunidad para exponer las directivas sobre lo apropiado en escritura y lectura femenina de José Caicedo y Rojas: “Con estos preciosos libros dio la señora

Acevedo una prueba de que el cultivo del arte de escribir, en la mujer, y el ejercicio de la imaginación y el sentimiento no están reñidos con el de los deberes domésticos, ni con la producción de obras útiles a la sociedad, en el sentido que ésta da a la palabra; que no todas las mujeres de talento, si han recibido una conveniente educación, se ocupan solamente en leer novelas y en escribir versos insulsos; y finalmente, que en la vida práctica —que en nuestro país nada tiene de romántica— pueden esas mujeres ser tan buenas y dignas de estimación como las que más secuestradas han vivido de los libros y del comercio de las letras. No daña a la mujer la afición a la poesía, sino cuando ella no va acompañada de las ideas religiosas, de una fe sólida y una piedad bien entendida: divorcio más ocasionado a funestos extravíos en un carácter apasionado y tierno. Esas que se llaman *despreocupadas* o *ilustradas*, aunque no sean literatas ni bachilleras, son el género neutro de la humanidad, no pertenecen a sexo determinado, e inspiran una repugnancia comparable al miedo que los disfrazados de mojiyanga causan a los niños” (La bastardilla es del autor).<sup>43</sup>

Si pensaban algunas mujeres que con la limitada enseñanza institucional recibida (lectura, escritura, labores domésticas) podían compensar, y remediar, en el hogar otro acceso al conocimiento con el libro —como vimos en algún ejemplo citado, fácilmente multiplicable—, no dejan los críticos de señalar, muchas veces con gesto benevolente, el peligro de exponerse a la mirada pública por querer escribir, y publicar, sin el tino de advertir las dificultades provenientes de una formación insuficiente para lograr un buen gusto modelador de las destrezas requeridas. Estoy aquí haciendo cargo de las reflexiones de Flor María Rodríguez Arenas sobre la constante indicación de las deficiencias de la producción de Josefa Acevedo causadas por su precaria educación literaria, pero que “no son privativas únicamente de su vida. Esas mismas circunstancias sucedieron en la existencia de Eugenio Díaz Castro, autor de *Manuela*, *El reje de enlazar*, etc. Pero lo que en él se considera muestra de un

genio natural, en Josefa se señala como marca negativa que caracterizará toda su escritura.”<sup>44</sup>

La modestia con que Josefa Acevedo prologa su trabajo literario suele marchar de la mano con el respaldo masculino que concurre muchas veces para hacerse cargo de la ayuda para articular un texto o un volumen, o para prologarlos, entre otras modalidades que explicitan el apoyo a la publicación. Y para no abandonar Colombia —un modo de rodear también la aparición de *María de Isaacs*—, detengámonos en la tesonera labor de su más importante escritora del XIX, Soledad Acosta de Samper, quien promediando el siglo inicia una intensa actividad periodística que ya no abandonará, pertrechada con las destrezas que le fueron dando sus experiencias en las distintas tareas de edición, instrumentos todos ellos aptos para enfrentar el sostén del hogar y para llevar adelante numerosas empresas de prensa, muchas destinadas al público femenino, como *La Mujer* (1878-1881), por ella fundada y redactada exclusivamente por mujeres. La continuidad en la escritura de cuentos, novelas, artículos de costumbres, ampliadas hacia muchos otros géneros, derivará en sus últimos años a la historiografía, con la *Biblioteca Histórica* y las *Lecciones de Historia de Colombia*. Valgan estas líneas solo como breve marco para retomar el tema recién planteado, introduciendo el prólogo que su esposo, el prestigioso miembro de la República de las Letras, José María Samper, escribe para *Novelas y cuadros de la vida suramericana* (1869). Se trata de la reunión de relatos ya aparecidos en la prensa e inéditos, seleccionados atendiendo a los consejos de Samper, según informa en esas “Dos palabras al lector”, donde comenta además que de él nació la idea de editar el libro, movido por dar satisfacción a los ideales de Soledad Acosta quien, “hija única de uno de los hombres más útiles y eminentes que ha producido mi patria”, aun en lucha con su modestia, “ha deseado ardientemente hacerse lo más digna posible del nombre que lleva, no solo como madre de familia sino también de la noble patria colombiana; y ya que su sexo no le permitía prestar otro género de

servicios a esa patria, buscó en la literatura, desde hace más de catorce años, un medio de cooperación y actividad.”<sup>45</sup> Son atinadas nuevamente las reflexiones de Flor María Rodríguez Arenas sobre las significaciones de esta voz autorizada para disolver las críticas y la comidilla pública, que frenaba la presencia femenina en el espacio público.

Me gustaría solo recordar sobre esta cuestión dos ejemplos muy conocidos del Perú, en cuya capital, Lima, las escritoras (Juana Manuela Gorriti, Clorinda Matto de Turner, Carolina Freire de Jaimes o Mercedes Cabello de Carbonera) tuvieron un papel relevante, especialmente a partir de la década de 1870, no solo por la visibilidad que dieron a la capacidad intelectual femenina, sino también por su trabajo en la prensa —la destinada al público general y/o al hogar—, donde se hacen oír las descalificaciones a la “mujer bachillera”.<sup>46</sup> En el primero, “Las literatas”, de Teresa González de Fanning (firmaba con el seudónimo María de la Luz), publicado en *El Correo del Perú* el 1° de octubre de 1876, alega a favor de la actividad femenina en la escritura cuidando expresar su acuerdo con el papel fundamental de esposa y madre: “Para esos críticos intransigentes, la mujer que se permite ocuparse de algún trabajo intelectual, desatiende forzosamente el zurcido, el cuidado de los hijos y el gobierno de su casa, que son sus principales y positivas incumbencias ... A la verdad que, si tal cosa sucediera, razón les sobraría para anatemizar a las literatas y nosotros seríamos las primeras en ponernos de su parte.”

El segundo proviene del *Almanaque de la Broma* de 1877, un momento de la confrontación del director con la novelista Mercedes Cabello de Carbonera, centro de las burlas frecuentes hacia la mujer escritora (Juan de la Arona, por ejemplo, se mofa modificando en Carbonera su apellido). Carbonera afronta la intimidación mediante el recurso de la sátira contra las escritoras recurriendo a la parodia de los prejuicios en su atrevido poema brulote “Mujer escritora”: “¿Qué sirven mujeres/ que en vez de cuidarnos/ la ropa y la mesa/ nos hablen de Byron/ del Dante y Petrarca,/ cual si esos se-

ñores, /lecciones les dieran/ del modo que deben/ zurcir calcetines/ o hacer un guisado?/ Lo juro, no quiero/ MUJER ESCRITORA."<sup>47</sup>

Estos contextos posibilitan pensar el mundo representado en la novela de Isaacs y el modo cómo se complejizan las cuestiones del presente que se leen en un texto —nos detendremos en este caso en el reconocimiento de valores literarios o de la identidad hispanoamericana compartida, ambos ligados al diseño de una tradición, sostén además de conductas femeninas apropiadas.

Dentro de las resistencias a la modernización viene bien reparar al respecto en una novela bastante posterior y ubicada en el mismo ámbito que *María*. Me refiero a *El alférez real* (1886) del colombiano Eustaquio Palacios, una ficción histórica que sigue las lecciones de Walter Scott para recrear el pasado colonial del Valle del Cauca y especialmente de Cali.

Fundado en un insistente apoyo documental, Palacios organiza su visión idealizada de la honesta y apacible Colonia, favorecida por la "influencia benéfica, de las prédicas y del buen ejemplo" del clero regular y de los viejos hidalgos españoles. El relato tiene como punto de partida una fecha expresa y clave, 1789, pero nada indica de esas aspiraciones que llevaron al inicio de la circulación del ideario ilustrado, cuyo peso se incrementa en América Latina con el nuevo siglo; por el contrario, los males futuros acarreados por la vida moderna —y las revoluciones de independencia— no se vislumbran; su ausencia refuerza los valores del idílico mundo colonial fabulado como un bien perdido, afianzado por la institución familiar modelada con la cooperación activa de la lectura ficcionalizada, bajo la dirección de la Iglesia. ("La vida de los caleños en aquella época era bien parecida a la vida que hoy se vive, si exceptuamos el oficio de la política y el negocio de las revoluciones, que eran desconocidos entonces. El movimiento comercial era limitadísimo, y el país producía mil veces más de lo que alcanzaba a consumir.", p. 85).<sup>48</sup> El narrador se detiene en la relevancia del control de la edu-

cación ("Entre los nobles no todos sabían leer y escribir; y entre los plebeyos, muy pocos. Algunas señoras leían en libro, pero no en manuscrito; sus padres les impedían aprender a escribir, para que no tuviesen ocasión de enviar o de recibir cartas de amores.")<sup>49</sup> Se cultivaba la lectura intensiva de unos pocos libros, diferentes para varones y mujeres: los clásicos latinos para los primeros y los libros piadosos para las segundas (*El símbolo de la fe*, mencionado en dos momentos de la novela, y el *Flos Sanctorum*), leídos en voz alta en la hacienda y dócilmente aceptados ("Continuaron hablando algo más, siempre sobre libros devotos, pues las señoras de ese tiempo, las que sabían leer, que eran pocas, no conocían libros profanos y mucho menos novelas. La única de éstas conocida entre ellas, y que leían a escondidas, era el *Gil Blas de Santillana*", p. 64).

Un buen ejemplo entre los muchos que podríamos citar sobre la frecuente apelación a un costumbrismo arcaico y arcaizante para bregar por la permanencia de valores estéticos, culturales y sociales esenciales, en una etapa de recepción de muy diverso material impreso y de novelas abiertas a estéticas modernas.

## Notas

<sup>1</sup> Véase Eduardo Hamuy, *El problema educacional en Chile*, Santiago de Chile, 1961; Sol Serrano, "La escuela chilena y la definición de la público" en François-Xavier Guerra, Anniich Lempérière et al., *Los espacios públicos en Iberoamérica*, ed. cit., pp. 340-362.

<sup>2</sup> Ob. cit., p. 52.

<sup>3</sup> Ana María Stuvan Vattier retoma la afirmación de F.J. Guerra ("El problema de América Latina no es el de nacionalidades diferentes que se constituyen en estados, sino más bien el problema de construir, a partir de una misma nacionalidad 'hispanica', naciones separadas y diferentes") para señalar que la misma "se aplica plenamente al caso chileno, lo cual no implica decir que el nuevo estado no tuviera como base de apoyo alguna entidad colectiva reconocible. Tan solo se afirma que fue la definición política de la nación, como estado soberano, la que precedió su definición en clave cultural, como comunidad dotada de una identidad singular." De allí que acuerde con Mario Góngora (*Estudios sobre la historia colonial hispanoamericana*, Santiago, Universitaria, 1998) en la consideración de la generación del 1842 como "el primer punto de inflexión de la primera definición de nación". En *La seducción de un orden. Las élites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*, Santiago, Universidad Católica de Chile, 2000, pp. 64-65 y 68.

<sup>4</sup> "A partir del 42, la preocupación por la literatura adquiere relieve y se manifiesta en una prensa que publica con profusión. Solo en 1842 hemos registrado en los periódicos revisados por nosotros, alrededor de treinta artículos sobre literatura". Cita de la muy útil investigación de Carlos Foresti, Eva Löfquist y Alvaro Foresti, *La narrativa chilena desde la Independencia hasta la Guerra del Pacífico*, vol. 1, 1810-1859, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1999, p. 111.

<sup>5</sup> *Cultura y sociedad liberal en el siglo XIX*, ed. cit., pp. 60-61.

<sup>6</sup> Esta cita y la anterior provienen de Bernardo Subercaseaux, *Historia del libro en Chile (alma y cuerpo)*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1993, pp. 59 y 60.

<sup>7</sup> Cito por *Obras completas de Sarmiento. Viajes por Europa, Africa y América. 1845-1847*, Buenos Aires, Luz del día, 1949, vol. 5.

<sup>8</sup> Nuevamente recorro a Ana María Stuvan Vattier: "El significado del término 'liberal' sufrió una serie de variaciones a lo largo del XIX. Se utilizó, además, en forma genérica para aludir a personas reformistas en general. ... a comienzos de la década de 1840 era un término prestigioso y unificador que sirvió para denominar el espíritu de tolerancia de quienes se aunaban en torno al Gobierno consensual del General Bulnes. Se usaba como sinónimo de republicano y partidario del progreso. La definición no contemplaba alusiones a un partido político sino más bien a un tipo humano. A medida que se iba erosionando el contenido optimista del discurso

político, el término 'liberal' pasó a designar a quienes se acusaba de querer imponer un cambio social brusco, modificar instituciones, atentar contra los valores tradicionales, e incorporar a sectores populares en las decisiones políticas. También designó a quienes no consideraban al orden como valor en sí mismo." Ob. cit., p. 127.

<sup>9</sup> "Los primeros ejemplares ... llegaron a Valparaíso en febrero de 1848, donde fueron vendidos al precio exorbitante de 6 onzas de oro. V. cuña Mackenna nos cuenta que 'aquella obra inmortal tuvo en Chile, y especialmente en Santiago, una boga inmensa, cual no la ha tenido, ni la tendrá probablemente, libro alguno venidero'." Tomo la cita y baso muchas de mis observaciones en la valiosa investigación de Cristián Gazmuri, *El "48" chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos*, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1992, p. 32.

<sup>10</sup> Tengo en cuenta la siguiente reflexión de Oscar Terán: "el término 'democracia' no significaba solo ni prioritariamente un nuevo tipo de legitimidad política fundado en la soberanía popular, sino lo opuesto a un buen orden jerárquico aristocrático". En *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 40-41.

<sup>11</sup> *El Amigo del Pueblo*, 29 de abril de 1850. Tomo la cita de Cristián Gazmuri, ob. cit., p. 78.

<sup>12</sup> Se publica inmediatamente en la *Revista del Pacífico*, hecho que da idea del interés público sobre el tema.

<sup>13</sup> Comenta al respecto Hernán Poblete Varas: "En nuestros días, el tema de esta novela primeriza nos parecería trivial, pero en los de su aparición provocó escándalo: que alguien tuviera el desparpajo de hablar de violaciones, amantes, pasiones extramatrimoniales -tal es la apariencia que da el comienzo de la historia, aunque luego se resuelva en una situación que no parece ofender a la moral matrimonial, puesto que no hubo matrimonio-, era un campanazo en la quietud santiaguina. Así se lo hizo ver al autor otra publicación de la época, la *Revista Católica*, que le dedicó un violento artículo: ... 'Es a la verdad sensible que *El Museo*, periódico destinado al cultivo de la amena literatura y a propagar el buen gusto literario, ensucie sus páginas con semejantes producciones. ¿Qué efecto podrá producir en la inocente juventud y en las castas doncellas que leen ese periódico?', en *Genio y figura de Alberto Blest Gana*, Buenos Aires, EUDEBA, 1968, pp. 46-47.

<sup>14</sup> Profesionalización finalmente frustrada, con la dedicación a trabajos más redituables, como el de la diplomacia, dado que retoma con dificultad su trabajo literario, evidente en la publicación de sus últimas novelas.

<sup>15</sup> El discurso se incluye en Alberto Blest Gana, *El jefe de la familia y otras páginas*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1956.

<sup>16</sup> "Se comerciaban en Chile sobre todo libros importados, si bien iba progresando poco a poco la producción nacional que, a mediados de siglo, apenas alcanzaba al 1%. "Según J. V. Lastarria, entre 1855 y 1860 se pu-

blicó un promedio de 72 títulos anuales, de los cuales 13 correspondían a obras originales de autores chilenos o residentes en el país, 8 a textos de estudio; 33 a folletos o libros religiosos y 18 a reimpresiones y traducciones de obras europeas (desde poesía y libretos de ópera hasta novelas y folletines." *El libro en Chile*, ed. cit., p. 76. El panorama era más alentador en algunos otros países americanos, como México o Argentina, pero, generalmente, era similar o peor que el chileno.

<sup>17</sup> Ambas citas provienen de Sergio Fernández Larraín, *Epistolario. Alberto Blest Gana. 1856-1903*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1991, pp. 50 y 51.

<sup>18</sup> Conviene aquí tener presente los límites que imponían las costumbres y la moral de este sector social, y para ello solo remito a la carta de Mercedes Marín a Juan María Gutiérrez, de página 99, que vuelvo a reproducir: "Desde muy pequeña me hicieron entender mis padres que cualquiera que fuese la instrucción que yo llegase a adquirir por medio de la lectura, era necesario saber callar. Cuando empecé a reflexionar por mi misma ... juzgué que una mujer literata en estos países era una clase de fenómeno extraño, acaso ridículo" y a la información que proporciona Manuel Vicuña: "Mercedes fue educada en parte por su padre, hombre de cultura ilustrada y destacado patriotismo ...; se benefició, asimismo, del intercambio intelectual con sus hermanos, incluido el filósofo Ventura Marín ... A su madre, Luisa Recabarren, también le cupo un papel importante en su educación, alentándola, según parece, a leer y a hablar en francés con corrección; en la década de 1820, Mercedes Marín ya hablaba el francés con fluidez y estaba al corriente de la obra de un amplio espectro de autores galos." *La belle époque chilena. Alta sociedad y mujeres de élite en el cambio de siglo*, Santiago de Chile, Sudamericana, 2001, p. 89.

<sup>19</sup> *Recuerdos ...*, ed. cit., p. 171 y *Memorias del tiempo viejo*, Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad de Chile, 1984, p. 29.

<sup>20</sup> Datos tomados de Jean-François Botrel, *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1993.

<sup>21</sup> Cristián Gazmuri, ob. cit., p. 30.

<sup>22</sup> Véase Ottmar Ette, "Transgresión e intercambio" en *Lateinamerika-Studien*, n. 36, Nürnberg, Univ. de Erlangen-Nürnberg, 1995.

<sup>23</sup> Sylvia Molloy, *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 16.

<sup>24</sup> Buenos Aires, Siglo XX, 1990, p. 107.

<sup>25</sup> Antonio Candido, *Formação da literatura brasileira*, San Pablo, Universidad y Editora Iratiáia, 1975, vol. 2, pp. 117-118.

<sup>26</sup> Manuel Vicuña se detiene en la concreción de los matrimonios en la oligarquía chilena según intereses económicos, sociales y políticos entre las familias y, acertadamente señala, que "*Martín Rivas* expresa el cambio a la par que lo instiga, en cuanto concede al amor, sucedáneo de la virtud de sus protagonistas, la capacidad de reformular el orden de las familias, sobre la base de consideraciones afectivas y espirituales, más que meramente materiales y sociales." (ob. cit., p. 58.)

<sup>27</sup> Véase Raúl Silva Castro, *Alberto Blest Gana*, Santiago de Chile, Zig-Zag, 2 ed., 1955, p. 215-216.

<sup>28</sup> *¿Qué hacer con los pobres?*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997, p. 26.

<sup>29</sup> Cito por la edición de Barcelona, Editorial del Nuevo Extremo, s.f.

<sup>30</sup> Castillo de Berchenko se ocupa de esta lectora de *Martín Rivas*, aunque no atribuye a la presencia de George Sand tal alcance: "Blest Gana quiso presentar a esta mujer como un ser ridículo y aun, a veces, grotesco. Sin embargo hay que reconocer que su criatura se le escapa: Francisca ... se vuelve el personaje más lúcido entre la muchedumbre que puebla *Martín Rivas*. Ella ve muy finamente la estupidez de los burgueses ambiciosos de su familia; también sus opiniones sobre los acontecimientos políticos de la época son pertinentes. Y, en efecto, esto no debe asombrar porque, a medida que pasa el tiempo, el mundo femenino de *Martín Rivas* se descubre como mucho más rico en significación que el de los hombres." Ob. cit., p. 58. La traducción es mía.

<sup>31</sup> Véase Emir Rodríguez Monegal, ob. cit., p. 423.

<sup>32</sup> "Edelmira, como ya lo hemos dicho en otras ocasiones, era dada a la lectura de novelas y por naturaleza romántica; esta cualidad le daba la fuerza de cultivar en su pecho un amor solitario, al que poco a poco iba entregando su alma, sin más esperanza que la de amar siempre con esa melancolía voluptuosa que las pasiones de este género despiertan comúnmente en el corazón de la mujer, la que posee una organización más pasiva que la del hombre en estos casos, porque sus sentimientos son más puros también." Ob. cit., pp. 170-1.

<sup>33</sup> Me han sido de mucha utilidad los artículos de Liliana Zuccotti, "La ficción documentada. *Amalia* y su difusión en *La Semana*", y de Graciela Batticuore, "Cartas de mujer. Cuadros de una escena borrada (Lectoras y autoras durante el rosismo)", incluidos en Cristina Iglesia, comp., *Letras y divisas. Ensayos sobre literatura y rosismo*, Buenos Aires, Eudeba, 1998, pp. 131-146.

<sup>34</sup> Cito por *Amalia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1979.

<sup>35</sup> Véase de la autora, "Lectures romanesques" en *Romantisme*, a.15, n. 47, 1985, pp.107-118.

<sup>36</sup> Pocos años después de la edición de *Amalia*, en 1856, el diario *La Tribuna* informa sobre los resultados de una encuesta sobre la capacidad lectora de Buenos Aires. Las cifras dan 11.111 hombres y 17.312 mujeres analfabetos. Pero contrastando con estos datos 10.212 hombres y 14.667 mujeres sabían leer y escribir. "Pese a las probables inexactitudes de la encuesta, el estudio proporciona a los lectores modernos una información notable: las mujeres urbanas parecen haber constituido la mayoría del público letrado. Si casi la mitad de la población femenina era letrada en proporciones cercanas a las de los hombres, la presencia femenina seguramente era un factor determinante en la formación del carácter de la naciente cultura impresa, como lo indican hasta los menores detalles del periodismo comercial." En Francine Masiello, *Entre civilización y barba-*

rie. *Mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1997, p. 77.

<sup>37</sup> Elías Pino Iturrieta me proporciona este testimonio proveniente del borrador de una carta del arzobispo (Caracas, 7 de mayo de 1811), en la cual comenta perplejo la participación del "sexo devoto" en las reuniones de la Sociedad Patriótica caraqueña. En "Discursos y pareceres sobre la mujer en el siglo XIX venezolano" de VV.AA., *Esplendores y miserias del siglo XIX ...*, ed. cit., p. 284.

<sup>38</sup> Véase, entre otros, Alejandro Carrión, *La emancipada*, Loja (Ecuador), Consejo Provincial, 1974.

<sup>39</sup> En *Timoleón Coloma* (1888), Carlos R. Tobar (1854-1920), nos da una idea de los efectos de la cerrada educación de los internados católicos, al revivir la peligrosidad de *Pablo y Virginia* y *Atala*, consideradas nocivas todavía en el presente narrativo, al mismo tiempo que nos habla de la ingobernable voluntad del lector para esquivar la censura con la lectura clandestina: "Un niño pálido y flaco (acaso por obra de sus novelas) me presta el *Pablo y Virginia* de Saint-Pierre y la *Atala* de Chateaubriand. El paraíso terrenal se abrió a mis ojos ... y enturbió las inocentes infantiles divagaciones ... En verdad, ninguno de los malos libros que posteriormente he leído, me ha sido tan perjudicial como los dos citados; ellos segaron la flor de mi corazón, abrieron de par en par las puertas al sinnúmero de sentimientos que constituyen no sé si el tormento de la vida o las delicias de la existencia." En Angel Rojas, *La novela ecuatoriana*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1948, p. 59.

<sup>40</sup> Cito por la edición de Quito, Libresa, 1992, p. 97.

<sup>41</sup> "Ojalá tu madre hubiera tenido siempre en su mano las letanías y los misereres, en vez de esos libros que por misericordia de Dios han ido a poder del Señor Cura ...", ob. cit., p. 97.

<sup>42</sup> Juan León Mera, *Antología esencial*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1994, p. 106.

<sup>43</sup> En *Apuntes de ranchería y otros artículos escogidos*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1945, p. 326.

<sup>44</sup> María Mercedes Jaramillo, Ángela Inés Robledo y Flor María Rodríguez Arenas, *¿Y las mujeres? Ensayos sobre literatura colombiana*, Medellín, Universidad de Antioquia, 1991, p. 120. De la sección dedicada al siglo XIX, cuya autora es la última especialista mencionada, he tomado las citas. Todo su trabajo me ha sido de gran utilidad.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 139.

<sup>46</sup> Atendiendo a las dos citas que transcribo se puede calibrar la significación de la propuesta de Juana Manuela Gorriti para sus veladas literarias inauguradas en 1876. Véase la valiosa contribución de Graciela Batticuore, *El taller de la escritora. Veladas Literarias de Juana Manuela Gorriti (1876/7-1892)*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1999 y Eve Marie Fell, "La pluma y la aguja: familia, mujer y educación en el Perú de fines del siglo XIX" en Pilar Gonzalbo Aizpuru, comp., *Familia y educación en Iberoamérica*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 249-266.

<sup>47</sup> Las citas provienen de Maritza Villavicencio, *Del silencio a la palabra. Mujeres peruanas en los siglos XIX-XX*, Lima, Flora Tristán, 1992, pp. 71 y 56 respectivamente. Este libro trae también información acerca de los elevados niveles de instrucción de la población femenina en Lima. Según el censo de 1876, las mujeres representaban el 52,4% de la población mayor de seis años, que sabía leer y escribir. Había menos mujeres analfabetas con respecto a los hombres: 18.434 frente a 23.881, aunque en este último dato se debe tener en cuenta que habían ingresado al país 11.958 asiáticos, en su mayoría varones analfabetos. Las cifras correspondientes a la población que sabía leer pero no escribir proporciona diferencias similares: 4.276 son mujeres y 3.289 pertenecen al sexo masculino.

<sup>48</sup> Cito por la edición de Cali, Biblioteca de la Universidad del Cali, 1959, p. 83.

<sup>49</sup> Solo se les enseñaba a leer. Esta instrucción limitada se tiene en cuenta cuando se calcula el número de lectores para evitar errores al basarse solo en la documentación existente acerca del conocimiento de la escritura —firmas en documentos notariales, por ejemplo—, más allá de la difusión de la escucha del libro leído para un grupo familiar o social.

## 5. La lectura en *María*

MARIA

Novela por JORGE ISAACS

*Se está haciendo por mi cuenta una lujosa edición de esta obra. Desde el 1° del próximo mes de mayo estará en venta el libro, a \$ 1.60, en la agencia del señor doctor Lázaro María Pérez, portales de la casa consistorial, números 11 y 12, en la tienda del señor Dionisio Mejía, 1ª calle real, número 59, y en mi oficina. Dichos señores y yo recibiremos suscripciones, y quienes las tomen obtendrán el ejemplar a \$ 1.40.<sup>1</sup>*

### Nuevos libros y nuevos modos de leer

Isaacs también introduce en su novela la figura de la “literata”, pero para descalificar al rival momentáneo de Efraín en el amor de María, su amigo Carlos, quien comenta: “tengo una prima bachillera que se ha empeñado en que me engulla un diluvio de novelas. Ya sabes que los estudios serios no han sido mi flaco.”<sup>2</sup> (p. 55). Mediante la introducción del tema, aquí y en otras secuencias, la novela de Isaacs se vale de la puesta en escena de la lectura —“un diluvio de novelas” rodea ésa que el lector tiene entre manos— para avalar implícitamente valores espirituales de las subjetividades en juego, así como singulariza especialmente los de la lectura. Luego de deslizar la oposición entre la lectura “seria” y la de entretenimiento, Carlos —el encargado de informar al lector de que Efraín es poeta y de que la lectura había guiado su descubrimiento de la intensidad y de la significación del amor— “fiscaliza” con sorna la biblioteca de Efraín, para concluir ridiculizado él mismo por el tratamiento dado al episodio en el relato.<sup>3</sup>

Pero en el breve inventario de los “autores predilectos” de Efraín se advierte algo más: el control del mismo Isaacs

sobre esta *biblioteca imaginaria*, limitada a un repertorio, no solo verosímil sino respetuoso de lo socialmente aceptado —no hay que olvidar la flexión autobiográfica elegida para la novela—,<sup>4</sup> respaldando la lectura de libros “serios” que llevan a lecturas modernas. Lecturas devotas (Frayssinous, *Cristo ante el siglo*, la *Biblia*) junto a las de los clásicos recuperados por los románticos, como Calderón y Shakespeare, además de Cervantes, y alguna otra que puede auxiliar a Efraín en la escritura de sus versos (Blair), se alinean con *La democracia en América* de Tocqueville, materializando intereses políticos y sociales. Construye una biblioteca “creíble” y cauta con el fin de alcanzar la autorización de una sociedad puntillosa en asuntos ideológicos y morales. Frente a la torpeza del “buen mozo” Carlos se recorta el tímido poeta novel, eso es Efraín, en tanto Isaacs en esta exhibición excluye también de la biblioteca del adolescente aquellos autores de los cuales es deudor su *María* (Saint-Pierre, Byron, Goethe y Victor Hugo). Ellos quedan en la sombra, quizás para focalizar el problema de los modelos solo en Chateaubriand, mencionado en el registro de Carlos como un escritor por el que “tiene furor” la prima literata. Es bueno recordar que en la novela se menciona a Byron y se alude a *Los misterios de París*, como obras leídas.

La afición y la frecuentación de la lectura separa en *María* el mundo de letrados e iletrados.<sup>5</sup> La novela representa primero a la lectura edificante, compañera de las tareas hogareñas femeninas, junto a aficiones masculinas más amplias, ligadas a los intereses y responsabilidades del ámbito público, como evidencia la biblioteca de Efraín y la relectura que pide el padre durante su enfermedad del *Diario de Napoleón en Santa Elena* (“que siempre lo conmovía muchísimo”, p. 109). Con razón Manfred Engelbert atiende a la mención de esta preferencia como uno de los modos de connotar el autoritarismo del padre de Efraín: “cuando el padre se repone de su enfermedad histérica lee el *Diario de Napoleón en Santa Elena* ... podemos comprender que todavía está en una fase política que corresponde a los líderes de

la independencia, los cuales ... comenzaron reivindicando libertad y acabaron reivindicando autoridad.”<sup>6</sup>

Pero al propiciar la comunión amorosa con la complicidad de nuevas lecturas, la adolescente María atraída por ellas, no abandona sin embargo la beneficiosa enseñanza de las famosas *Veladas de la quinta* (1784) de Madame de Genlis y las *Tardes de la granja* (1794) de Ducray-Diminil. La narración hace convivir buenamente devoción y candor con la pasión, como lo muestra el que continúe con su función de lectora de estos libros o la importancia concedida al oratorio de la hacienda en los encuentros de los enamorados: “En días como aquél, María me esperaba siempre por la noche en el salón, conversaba con Emma y mi madre, leyéndole a ésta algún capítulo de la *Imitación de la Virgen* o enseñando oraciones a los niños.” (p. 78)<sup>7</sup>

Podemos leer esta última cita dentro de la estetización de la hacienda patriarcal y en el contexto del mundo rural maltratado por las guerras de independencia y civiles, que Isaacs aborda alejándose del cuadro de costumbres vigente, en el doble marco de pérdida y posibilidades abiertas de futuro para la una y el otro, pero consustanciadas —si apelamos a Raymond Williams— en una estructura de sentimiento compartida.

Leemos también la erotización del estrecho lazo entre inocencia y sensualidad, que la novela pone en juego, apartando sin conflictos a Mme. de Genlis, una de las ideólogas de la mujer doméstica como reguladora de los propios deseos y de los demás, capaz de alejar los problemas ajenos al hogar. Apartando también sin conflictos al virtuoso anciano Palemón, quien todas las tardes, al ponerse el sol, se sentaba en el jardín de su granja para educar con sus relatos a sus hijos casi adolescentes —según nos advierte la Introducción de *Las tardes de la granja*— para ser reemplazado por Efraín en escenas prácticamente similares pero encaminadas al aprendizaje del arte de amar. Es cierto que estamos ante el poder evocador de la lectura en voz alta, en un ámbito patriarcal; pero han cambiado los libros —la lección de moral—, también

el lector y la audiencia —hemos pasado del padre que leía a sus hijos a la lectura compartida entre adolescentes, donde quien lee posee un saber que apenas va un poco más allá de los que escuchan...

### Las ediciones destinadas a Hispanoamérica

Abro aquí un paréntesis para comentar brevemente cómo circuló por aquí esta obra de Mme. de Genlis, cuya presencia se deja sentir, por lo menos, hasta fines del siglo XIX. Tengo en mis manos un ejemplar de *Las tardes de la granja o Las lecciones del padre*, editado por entonces —y lo supongo, entre otros indicios, por alusiones del prólogo, pues no hay fecha de publicación— por Garnier en París en un volumen en 4º, encuadernado y con cantos dorados, de unas 450 páginas, con viñetas que ilustran cada cuento. Puede verse como un buen llamado de atención acerca de la necesidad de atender a los dispositivos materiales y formales del libro impreso, tanto como a los dispositivos textuales que organizaban su consumo (prólogos, resúmenes recapituladores, supresiones, ilustraciones, etc.), introducidos por autores y editores interesados en la aceptación de su oferta en mercados, cuyas pautas podían variar notablemente de un medio a otro cuando se trataba de textos traducidos, como en este caso.

El prólogo de *Las tardes de la granja* proporciona buenos datos acerca de los criterios comerciales de los editores, según la representación que se hacían de los lectores hispanohablantes. Por una parte justifica la nueva edición por la popularidad alcanzada en el público español desde la primera edición a principios del XIX. La nueva traducción, se aclara, ha refundido la obra por dos motivos. Uno, basado en la autocensura, mediante la enmienda y la expurgación asumidas sin rodeos como índice de credibilidad de la confianza que debe darse al sello editorial (“algunos argumentos de sus novelillas no correspondían al alto fin moral que el fondo de la obra se propone”). El otro tiene que ver con las wen-

tajas de reducir el tamaño para aumentar con su amenidad la eficacia formativa y permitir un precio más accesible: “circunstancia muy atendible en nuestros días, en que el amor a la lectura se va desarrollando con rapidez y los recursos para adquirir libros no abundan demasiado. De este modo las *Tardes de la granja* podrán circular aun entre las familias menos pudientes, y propiciar útiles y saludables reformas en el carácter, naturalmente impetuoso y turbulento, de algunos jóvenes, haciendo su felicidad y la de las personas que les son allegadas.”<sup>8</sup> El volumen evidencia los cambios operados respecto de la demanda de obras extensas y de la concepción de las ediciones según los consumidores buscados, sobre todo si se tiene en cuenta que, entre fines del XIX y comienzos del XX, el mercado ofrecía colecciones en rústica muy baratas y de muy diverso tipo en las ciudades más modernas de América Latina, las cuales concentraban una población urbana no solo alfabetizada sino con buenas competencias de lectura. Por la breve descripción del ejemplar se puede inferir fácilmente su acceso restringido a un sector acomodado, más allá de las declaraciones, relativamente engañosas, del editor, consciente de las expectativas y las valoraciones del libro como objeto en el público al que se lo destinaba.

Las presiones de editores y público, junto a los cambios en las estéticas hegemónicas y los del gusto intervenían en las transformaciones de novelas latinoamericanas cuando se produce el pasaje del folletín al volumen, muchas veces como consecuencia del paso del tiempo. Manuel Payno había publicado *El fístol del diablo* entre 1845 y 1846 en la *Revista Científica y Literaria* como folletín, cuya continuación se leyó por entregas en 1848 en su periódico *El Eco de Comercio* y más tarde, completa, en uno de los volúmenes de la Biblioteca Popular Económica editada por el importante empresario del ramo Ignacio Cumplido. En 1887, la tercera edición presenta importantes cambios, no solo en el desenlace, también en las adecuaciones a las preferencias de público y a las concepciones de la narrativa de entonces. Sin embargo, y esto nos da una idea de los cruces entre lo hegemónico y lo resi-

dual, acude Payno a *Las veladas de la quinta* para articular la parte agregada al relato, justificada por los recuerdos infantiles de uno de los personajes que, por el modo de introducirlos, alejan toda idea de valoración literaria para envolver al lector en una posible experiencia compartida: "Allá cuando era muy niño, recuerdo que mi padre se entretenía en las noches en leernos un libro escrito por una autora francesa, madame Collin o Gervin, lo mismo da; el caso es que se llamaba *Las Veladas de la Quinta*, pues que tenemos quinta, es decir, que la interesante Teresa tiene quinta ... pues tendremos también veladas."

Marlène Schmitt analiza estas cuestiones desde la perspectiva de la lectura, atendiendo a los cortes y ajustes concretados por las presiones del presente: "El texto de 1887 se presenta como el resultado de un consenso estético y literario: al suprimir la vistosa escena alegórica del monte Ajusco y al adoptar las convenciones narrativas ejemplificadas por *Las veladas de la quinta*, intenta Payno conciliar las nuevas exigencias del realismo y de verosimilitud con las pautas del anticuado folletín heroico-romántico para así satisfacer a todos los lectores." Editores y suscriptores actuaban de consuno, dando pie a cautivarlos –tenerlos cautivos– con las posibilidades de una nueva novela: "La suerte de Arturo quedó ignorada durante mucho tiempo. ¿Murió de su doble herida de bala y de amor; y Celeste lo condujo ante el trono de Dios? ... Todas estas cosas necesitan prolijas indagaciones, que ya no son de este libro. ... Entonces publicaré otro libro, tratando de satisfacer completamente la curiosidad de los amabilísimos suscriptores que han tenido la bondad de recibir las entregas de la tercera edición de *El Fistol del Diablo*."<sup>9</sup>

### Leer a Chateaubriand

Volvamos ahora a *María*. La novela deja entrever una lectura intensiva de los mismos libros, introduciendo la nostal-

gia por modos de leer que la modernidad va haciendo a un lado. Como con razón afirma Arcadio Díaz Quiñones "la política de la nostalgia es una política muy creativa"<sup>10</sup>, y ella es una de las maneras en que la representación de la lectura pesa en las significaciones fundamentales de la novela, como la constelación semántica de la pérdida, enunciada en cuanto entramos al texto, pues se nos dice que su escritura proviene de un narrador último, autor de la dedicatoria y de la novela, luego de leer "el libro de los recuerdos" de Efraín.

Se acude aquí también a la dedicatoria, ficcionalizada en este caso como escrita luego de la muerte de los protagonistas, para dirigir los modos de abordar la novela: los anónimos lectores, junto con los destinatarios ficcionales –esa cofradía de almas sensibles representada por los "hermanos" de Efraín<sup>11</sup>–, se internan en el relato que recrea el entorno familiar del ausente y la emoción incontenible que buscaba provocar Chateaubriand para "hacer llorar al mundo" (p. 21)<sup>12</sup>. La novela insistirá en acumular preanuncios de pérdida ya desde el inicio, a partir de ese primer recuerdo (la despedida de la casa paterna impuesta a Efraín cuando parte rumbo al colegio bogotano), guía simbólica del relato que a modo de prolepsis completa la dedicatoria, revelando un destino de separación.

A través de la tematización de la lectura Isaacs da cuenta de su proyecto valiéndose para indicar distancias y apropiaciones de los modelos a través de un autor famoso como Chateaubriand en América Latina, elección que aumentaba el desafío y previsiblemente atraía al lector local. Por una parte nos dice las significaciones que otorga a la novela y las estrategias para lograrlas, poniendo directamente en escena cómo opera en el texto el modelo extranjero al narrativizar los efectos de su lectura. Por otra, las historias contadas –la de María, la de Nay y la de "la casa de la sierra"– nos hablan, por sus diferencias, de la lectura oblicua del modelo, punto de partida de la nacionalización que del mismo se emprende.

Los textos edificantes leídos en voz alta en las bucólicas veladas de la hacienda, comienzos de la lectura adolescente como lo evidencian simplemente los títulos elegidos recién citados, armonizan sin reparos con la incipiente lectura extensiva, a solas o compartida por las almas sensibles en esa suerte de "educación sentimental" que fusiona virtud y sentimiento. En *María* el pasaje de uno a otro tipo simula obedecer a un ritmo natural, de la inocencia al cándido juego amoroso, sin riesgos, donde el libro vuelve a enhebrar el afecto, propiciando nuevos lazos, nuevas familias, pero al mismo tiempo erotizando fuertemente el vínculo. Esas nuevas lecturas sin embargo preanuncian una fatal repetición del destino.

A mediados del siglo XIX en Colombia, el giro, ese tránsito sin inconvenientes de unos a otros textos, pareciera sin embargo algo más radical si nos atenemos, por una parte, a la lectura buscada por el más importante grupo de escritores reunidos en las tertulias de El Mosaico, quienes recurrían a la prensa como vehículo de piezas breves, los artículos de costumbres, con que alentaban formar el gusto por lo propio y conformar una literatura nacional, al mismo tiempo que se transmitían patrones de conducta familiares y sociales deseados. Por otra, el modo en que se privilegia *Atala* nos indica una escenificación de la productividad de la lectura (única hasta entonces en Hispanoamérica) en muy diferentes niveles, uno de ellos al constituirse en núcleo auspicioso de significaciones de toda la novela, valiéndose de una "mise-en-abîme" que respalda, y refuerza, las búsquedas estéticas de *María*, alentando sobre todo las reflexiones acerca de las posibilidades del arte.

Más allá de la importancia dada a Chateaubriand por algunas figuras destacadas del ambiente literario colombiano (José María Vergara y Vergara, entre otros), *Atala*, y Chateaubriand, aparecen en *María* liberados del encierro en el "entretenimiento" y sin enfatizar la lectura virtuosa ni la estetización del catolicismo, promoviendo una lectura en el ámbito privado más moderna y más libre, pues no se deja

sentir la supervisión familiar, demasiado confiada en la tutoría de Efraín. La recatada María, si por un lado reprocha al amado su ausencia con la excusa de que no ha leído "porque me da tristeza leer sola", y si por otro, no se atreve a retomar *Atala*, por motivos ambiguos, quizás pudorosos, quizás dolorosos, no duda en afirmar que ya no le atraen las antiguas lecturas edificantes, con lo que da cuenta de una nueva manera de leer no atenta ya a los estatutos de autoridad impuestos para lo impreso. La escena ocurre en el capítulo XXXIV, relato del reencuentro de los jóvenes que se inicia con la "travesura" de la muchacha, quien requiere la ayuda, y el contacto físico, de Efraín para bajar de una alta piedra:

—¿No has leído?

—No, porque me da tristeza leer sola, y ya no me gustan los cuentos de las Veladas de la Quinta, ni las Tardes de la Granja. Iba a volver a leer a *Atala*, pero como me has dicho que tiene un pasaje no sé cómo... (p. 92)

Los libros utilizados en la escuela para el aprendizaje de la lengua —el catecismo y otros textos religiosos—, unidos al peso del catolicismo y la tradición hispánica en las luchas políticas por el control ideológico y cultural en Colombia —claro en lo brevemente apuntado acerca de *El alférez real* o en los testimonios de algunas memorias y autobiografías— ilustran abundantemente el problema.<sup>13</sup> Cuando Luciano Rivera y Garrido recuerda sus lecturas juveniles, mezcla de obras arcaicas y nuevas en Colombia, pone el acento en los modos modernos de leer —la lectura silenciosa y a solas, a escondidas—, coincidiendo con las que hace María en uno de los títulos mencionados, *Las veladas de la quinta*, a los que agrega *Robinson Crusoe* y *El último abencerraje*. Más tarde intensifica los valores de la lectura solitaria con los riesgos de la lectura prohibida y singular entre sus discípulos, como muestra de un heroico periplo de escritor cuando refiere sus años de estudiante en el reputado Colegio de Pérez Hermanos, hacia los años sesenta, poco antes de la edición de la novela de Isaacs, lo cual ayuda a advertir la novedad

de ésta en su ámbito cultural, pues desobedece las órdenes del director —y se expone al consiguiente castigo— al distraerse con libros ajenos a los de estudio: “Muy decidido por las lecturas amenas, nunca hablaba con esos niños de mi afición favorita, porque apenas si tres o cuatro de entre ellos habrían oído mencionar a *Robinson Crusoe* o leído *Los Incas y Pablo y Virginia*.”<sup>14</sup>

### La apropiación de un modelo

Las nuevas lecturas, cómplices de la relación amorosa, se inician en *María* cuando llega de la capital Efraín con sus “estantes cargados de libros” y con conocimientos que lo convierten en maestro improvisado de las niñas de la casa. El descubrimiento del amor, estimulado por la lectura compartida, y la inminencia de su fin, se exasperan con la sensualidad del roce de la mano o los cabellos, con la seducción de las miradas, con los ritmos de la muselina (la falda de su traje, por ejemplo, “susurraba tan quedo como las brisas de la noche en los rosales de mi ventana”, p. 57) tanto como con el entorno del paisaje del Cauca, constantemente descrito, recorrido, disfrutado. Junto con la geografía y la historia ingresa, propiciatorio y agorero, Chateaubriand, también sagaz mediador del deseo —“su aliento, rozando mis cabellos ... turbaron mis explicaciones”, p. 20—, como si transfiriera a este padre con el que sí puede enfrentarse para tomar su camino de escritor americano, los conflictos con ese otro padre obcecado y autoritario, que labrará la ruina amorosa y la económica, y que, además, al expulsar a Efraín de la tierra natal lo envía a la muerte.<sup>15</sup> Estamos ante *la lectura de iniciación en el amor*, que modula en la concatenación de las secuencias un nuevo y refinado arte de amar, que alentó seguramente el éxito de esta ficción doméstica, en una Hispanoamérica donde aún imperaban algunas concepciones coloniales sobre la concertación de los matrimonios.

En dos momentos se lee a Chateaubriand en la novela. En el primero María y Ema escuchan fragmentos de *El genio del cristianismo* en la voz de Efraín, el cual en el presente de la escritura de sus recuerdos valora a la mujer lectora por su sensibilidad, como reveladora de la poesía, en tanto son solo algunos hombres los que reciben el don de crearla.

En el otro momento significativo se detiene morosa —y amorosamente— en el episodio de Atala. Cambia el escenario; ahora se lee en medio de la paradisíaca naturaleza del Cauca. *María* vuelca de este modo sobre sí el espacio exótico de *Atala*, acercando a la experiencia del lector la lectura que lleva a cabo y, al mismo tiempo, recuperando como propia la naturaleza americana por quien la vive de cerca, despojada de toda extrañeza e inundada por los sentimientos de una subjetividad que le otorga una compleja carga simbólica,<sup>16</sup> en un atardecer pródigo en connotaciones de muerte (“Una tarde, tarde como las de mi país, engalanada con nubes de color de violeta y lampos de oro pálido, bella como María, bella y transitoria como fue ésta para mí ...”, p. 21). Circunscripta aquí al entorno amable de la lectura, la naturaleza es eminentemente paisaje, cuya armonía acompaña la comunicación estética porque, en sí mismo, es belleza. Paisaje envolvente que anuda lazos extendidos sin fracturas a todo el ámbito rural, donde conviven distintos modos de laboreo y de propiedad de la tierra, distintos sectores sociales —los “buenos vecinos”, los esclavos, respetuosos de la autoridad instalada en la “casa de la sierra”, centro patriarcal de la hacienda señorial. Pero la luz indecisa de cuando muere el día preanuncia la fragilidad de esa constelación armoniosa en camino inexorable hacia la culminación de las pérdidas como anuncia el pasaje entre los fragmentos anteriores y éste de Chateaubriand, que se fusiona con la belleza del Cauca y la de María. El texto funde, mediante la anticipación, las significaciones de muerte y destierro en *Atala* y en *María*, estetizando fuertemente a su heroína: “Luego que leí aquella desgarradora despedida de Chactas sobre el sepulcro de su amada, despedida que tantas veces ha arrancado

un sollozo de mi pecho: ¡Duerme en paz en extranjera tierra, joven desventurada! ¡En recompensa de tu amor, de tu destierro y de tu muerte, quedas abandonada hasa del mismo Chactas!'. María, dejando de oír mi voz, descubrió la faz, y por ella rodaban gruesas lágrimas. Era tan bella como la creación del poeta, y yo la amaba con el amor que él imaginó." (p. 21)

Oblicuamente también se lee la apropiación y la transformación del modelo acudiendo nuevamente al lazo entre ficción y experiencia, cuando la novela introduce la escucha de otro relato, a cuya escenificación se le concede mayor espacio que a Chateaubriand, y que lleva al Cauca el desenlace de una historia de separación y muerte más dolorosa que la de *Atala* (y evidentemente inspirada en ella). Es la de Sinar y Nay en Africa, y la posterior esclavitud de la muchacha, muerta en la "casa de la sierra". Más dolorosa en cuanto arraiga en personajes próximos, con los que se convive, y en cuanto al destierro (del amor y del amor al terruño). La relatora trae a la imaginación infantil de María y Efraín un mundo fabuloso ("la tierra de esas princesas lindas de tus historias", p. 131) de sino tan trágico como el amor futuro de esos niños y el destino de ese valle que tienen ante sí.

En el tratamiento de la esclavitud el texto se circunscribe casi exclusivamente a la pérdida del entrañable espacio nativo -África- y al dolor en tierra extranjera, enlazando no solo a Nay y María, sino además al padre de Efraín y, sobre todo, al mismo Efraín.<sup>17</sup> El himno cantado en el entierro de Nay, con el que culmina su historia, aparece destacado en la narración como un momento de compenetración con los sentimientos de exilio: "Muero sin ver tus montañas / ¡Oh patria! donde mi cuna / se meció bajo los bosques / que cubrirán mi tumba." (p. 132). La tumba de la esclava preanuncia la de María, cuya muerte convierte a "la casa de la sierra" en "recinto frío y oloroso a tumba", añorado por el proscrito Efraín ("Ya no volveré a admirar aquellos cantos, a respirar aquellos aromas, a contemplar aquellos paisajes llenos de luz, como en los días alegres de mi infancia y en los hermo-

nos de mi adolescencia: ¡Extraños habitan hoy la casa de mis padres!" p. 90)<sup>18</sup>.

### Entre lo arcaico y lo emergente

La confluencia de modelos prerrománticos y románticos da a *María* tonalidades propias entre lo emergente y lo arcaico, configurando imaginativamente nuevas sensibilidades que se amalgaman estrechamente y sin conflicto con modos nacionales consuetudinarios, en un ambiguo puente entre nostalgia y promesa.

Por los textos que se leen y por el explícito lazo entre sentimiento y virtud *María* tiene una deuda grande con el prerromanticismo. La historia de las prácticas de la lectura el siglo XVIII nos dice que se expande en Europa el placer del llanto como piedra de toque tanto del valor de una novela como de la sensibilidad de sus lectores, mediante una retórica que favorece al acercamiento entre autor y lector, a través de la identificación. Los prólogos, como la dedicatoria en el caso de *María*, concitan al llanto auspiciando la lectura participativa que grave la enseñanza moral propuesta. Las lágrimas de los personajes o las del narrador se comparten, se mezclan, se confunden en el espacio social de la lectura, propiciando un sentimentalismo edificante, que posibilitó sin problemas la lectura de *María*, en una Hispanoamérica muy controladora de los supuestos efectos negativos del género. Se llora en familia, entre amigos, los enamorados bañan con sus lágrimas los retratos y las cartas de la amada, en suma, se articula un código amplio, cuyos matices regula el novelista, definiendo las lógicas de la comunicación lacrimógena, que pautan la historia de amor, la intimidad familiar, etc. Como afirma Anne Vincent-Buffault, "la sensibilidad es ante todo una cultura de la subjetividad"<sup>19</sup>, y en ésta a la que me refiero, la visibilidad de lo sensible compromete ahora a los cuerpos, hasta entonces ajenos a la expresión de los sentimientos, encarnados en sus secreciones.

*María* acenúa el efecto. La lectura, con su "don" de lágrimas, impulsa el desborde sensual del cuerpo enamorado.<sup>20</sup>

Lloró con *María* el mundo americano, como certifican innumerables lectores, de Darío a Neruda, deslizándola cada vez más a la lectura adolescente, como luego veremos, pero no sin disidencias, pues si privilegiamos estas significaciones la novela parece desentenderse de lo edificante e inclinarse a las transformaciones del siglo XIX en la economía imaginaria de las lágrimas, que abre otro espectro de lecturas.

Un tema es la redefinición de lo íntimo, y uno de los modos de llevarlo a cabo es la escritura del diario, al cual *María* no es ajena, pues el "libro de los recuerdos" de Efraín garantiza la narración en la cual se representa un conflicto de matriz romántica, entre el individuo y el mundo, que en este caso se funda en el despojo —una pérdida que trasciende la amorosa— y que la novela calla. Esta flexión autobiográfica, instalada en la sencilla vida cotidiana y en la primera experiencia de amor era prácticamente nueva en Hispanoamérica, donde prevalecía el memorialismo de personajes importantes —*Recuerdos de provincia* (1851) de Sarmiento podría ser su contrapartida.

Las significaciones de la lectura ponen en escena un topos significativo en cuanto a los recursos desplegados para su control. La lectura compartida de *Atala*, como sabemos, inmediatamente anterior a la enfermedad de *María*, da pie a la introducción del complejo universo semántico de *lectura y enfermedad*.

Si bien es cierto que las ficcionalizaciones de la lectura y de la escucha se imbrican estrechamente con la historia narrada y sus significaciones, y están muy lejos de una función accesoria (la simple notación costumbrista, por ejemplo), solo hay entre la escena comentada y la enfermedad una relación sintagmática que introduce —con el presentimiento— la anticipación, recurso constructivo importante en la novela ("Nos dirigimos en silencio y lentamente hasta la casa. ¡Ay!, mi alma y la de *María* no solo estaban conmovidas por aque-

la lectura, estaban abrumadas por el presentimiento", p. 21). En realidad estamos ante una enfermedad hereditaria rotunda del misterio romántico. Si recordamos los mitos y metáforas analizados por Susan Sontag acerca de este tema, nuevamente la novela se inclina hacia concepciones netamente románticas, tanto por el tratamiento totalmente espiritualizado de la enfermedad, como por los riesgos que los sentimientos suponen. La amenaza de muerte que conlleva el mal incurable de *María* solo puede atenuarse, demorarse, si la adolescente modera sus emociones; únicamente de modo oblicuo la lectura contribuiría a debilitar esa subjetividad amenazada por el exceso, pues si las prescripciones del médico y del padre de Efraín imponen a los jóvenes el control de los sentimientos, la novela intensifica el valor dado a la pasión amorosa.

Más tarde la narrativa latinoamericana recurrirá monótonamente a la lectura malsana, con alcances de verdadero flagelo. Muchas de las novelas publicadas hacia fin del siglo, como más adelante veremos, liberan del efecto dañino a *María*, quien empezará a convertirse en el perfil deseado para la mujer americana, aunque a un obispo colombiano no se le pase por alto la sensualidad de la novela de Isaacs (sobre todo de la escena del baño), y la mande, sin más, al Index.

En la compleja carga simbólica de la "lectora enferma", tópico fuerte a partir del romanticismo<sup>21</sup>, la novela latinoamericana muestra un espectro amplio. Si bien muchos ejemplos contribuyen a la condena de la lectura descontrolada con la simple mención convencional, en general ingresa cumpliendo un papel relevante, muy ligado a funciones narrativas, para intervenir en la polémica que hace de la medicina la encargada de disciplinar los peligrosos desbordes, especialmente femeninos, que conlleva la afición a las novelas. Armonía Somers parodia este rol de la medicina en *Solo los elefantes encuentran mandrágora*, con cuyo análisis cierro este libro, para revertir las significaciones negativas sobre la lectura femenina de folletines. Pero además, tanto en Puig como en Somers, leemos la resignificación moderna del ex-

ceso en las pasiones, y con ella, de las metáforas sobre la enfermedad: "A medida que los sentimientos excesivos se vuelven aceptables, dejan de ser denigrados comparándose los con enfermedades temibles. Al contrario, la enfermedad se transforma en vehículo de sentimientos excesivos. La tuberculosis pone de manifiesto un deseo intenso. Pese al individuo, la enfermedad traiciona lo que éste no hubiera querido revelar. El contraste ya no se sitúa entre las pasiones moderadas y las excesivas, sino entre las ocultas y las que salen a relucir."<sup>22</sup>

### La recuperación de las pérdidas

La enfermedad y su tratamiento totalmente espiritualizado —el relato de la agonía elude corporizar el deterioro— y estetizado en las ficciones contribuían a desrealizar la dura realidad cotidiana de la muerte, proyectada en nuestra novela a un universo simbólico urdido entre esperanza y fatalidad. Si por una parte la fractura irreparable sufrida por la pérdida de la casa patriarcal es absoluta, por otra, en el desenlace halla Efraín consuelo en cierto modo por la muerte de la adolescente mediante la imaginaria unión con la ausente. Me refiero a la ensoñación de la boda como una de las posibilidades de recuperación tematizadas por la novela, entre ellas y especialmente, la escritura de la novela misma.

Como los encuentros las despedidas también hallan paliativo en la lectura: "Estaremos todo el día juntos: leeremos algo de lo que nos leías cuando estabas recién venido." (p. 164), dice María a Efraín el día anterior a su partida a Londres. De ahí en más la unión se ciñe a la lectura de cartas, en las cuales la efusión desplaza las antiguas reticencias de la adolescente hacia una escritura inundada por ese lenguaje amoroso que, pareciera, solo pudo haber aprendido en *Atalá*. Del intercambio epistolar la novela solo reproduce las cartas de María ("Todo está como lo dejaste ... los libros como estaban, y abierto sobre la mesa el último que leíste.", dice

en la primera, pp. 166/167): ellas irán puntuando los avances de la enfermedad hasta convertirse en legado, junto con las azucenas, los vestidos y las trenzas, que propician el "castísimo delirio" de boda con la relectura que hacen Efraín y una ilusoria María, durante la última noche en la oscura y solitaria casa de la sierra: "Soñé que María era ya mi esposa ... tocó mi frente con sus labios suaves como el terciopelo de los lirios de Páez: ... dejéme aspirar un momento su aliento tibio y fragante; pero entonces esperé inútilmente que oprimiera mis labios con los suyos: sentóse en la alfombra, y mientras leía algunas de las páginas dispersas en ella, tenía sobre la mejilla una de mis manos que pendía sobre los almohadones." (p. 193)

La pérdida de la "casa de la sierra", por el contrario, es una pérdida absoluta: no se dice prácticamente nada de ella ni de las causas que la provocaron y, por otra parte, en realidad empuja a la muerte. A ese espacio el expulsado solo puede volver en la rememoración, convirtiendo su novela familiar en un modelo de fábula de la nostalgia de gran eficacia.

Si una serie de alusiones hablaban al lector contemporáneo a la publicación de la novela de algo próximo, vivido hacía poco tiempo, la narración ampliaba la distancia desrealizando la proximidad con la supresión de las fechas y de los acontecimientos ocurridos —las guerras, por ejemplo— para encerrarse en un ámbito de sabor arcaico, con reminiscencias bíblicas, donde naturaleza y hombres conviven en plenitud casi sagrada, ocultando los conflictos y las consecuencias nocivas de la autoridad paterna —ruina económica, frustración del amor de los protagonistas—, indicadores, además, de contextos políticos y sociales que imponen cambios profundos en la clase terrateniente.

Simbólicamente, tales pérdidas se cubren con la fatalidad de esa diafanidad dorada del verano imposible de anclar y que deslumbra con su fugaz esplendor, por breve tiempo, pues su transcurso conlleva la muerte —tan presente en el motivo de las flores marchitas que, aparentemente, solo comprometen el juego amoroso. De allí que el texto se vuel-

va obsesivo con la notación temporal —continuamente apunta los días, los meses, las horas— y simultáneamente intensifique y amplifique la densidad del momento, erizado por la amenaza que ensombrece ilusiones y esperanzas, constantemente mediatizadas por las anécdotas acerca de la posibilidad de triunfo sobre el peligro de perder a María —el pedido de mano de Carlos, la carrera de medicina en Londres—, pero nada parece motivar la pérdida de la “casa de la sierra”.

Las reflexiones estéticas acerca del sentido y de los límites del arte introducidas con las ficcionalizaciones de la lectura también tienen que ver con la recuperación de ambas pérdidas. Dos veces se detiene en la acción del olvido. En la primera, durante la lectura de Chateaubriand, Efraín condensa al mismo tiempo el secreto intransferible del lazo amoroso y la impotencia de la escritura para expresarlo totalmente pues en ella se desvanece la púdica y discreta voz de María: “y su acento, sin dejar de tener aquella música que le era peculiar, se hacía lento y profundo al pronunciar palabras suavemente articuladas que en vano probaría recordar hoy; porque no he vuelto a oírlas, porque pronunciadas por otros labios no son las mismas, y escritas en estas páginas aparecerían sin sentido. Pertenecen a otro idioma, del cual hace muchos años no viene a mi memoria ni una frase.” (p. 20). En la segunda, las lágrimas parecen servir de consuelo a lo irrecuperable: “Si las que derramo aún, al recordar los días que precedieron a mi viaje, pudieran servir para mojar esta pluma al historiarlos; si fuera posible solo una vez, por un instante siquiera, sorprender a mi corazón todo lo doloroso de su secreto para revelarlo, las líneas que voy a trazar serían bellas para los que mucho han llorado, pero acaso funestas para mí. *No nos es dable deleitarnos para siempre con un pesar amado: como las del dolor, las horas de placer se van.*” (p. 165. La cursiva es mía).

Sin embargo, si el tiempo huye hacia la nada, hacia ese vacío que repara precariamente la escritura, la escritura de la novela, y su lectura, y es la separación su marca y su sino, el texto se entrega empecinadamente a conjurar estos ras-

gos, deteniéndose moroso en momentos enriquecidos, casi solo sostenidos por mil detalles nimios de una cotidianidad idealizada.<sup>2</sup> Si el rostro y la voz de María se van volviendo inalcanzables al recuerdo, su figura circula en la novela en múltiples fragmentos, cuyas singularidades intensifican la presencia: a mirada palpa las sinuosidades de un pie por el que se ha deslizado “la chinela roja salpicada de lentejuelas”, acaricia el envés de sus brazos o sorprende la “cintura inquieta” y el cuerpo todo bajo los movimientos de la muselina.

A la misma estrategia recurre para disolver la fatalidad de la otra pérdida, pero aquí Isaacs valoriza la perduración mediante el arte. Ya al comienzo la novela nos encamina hacia las significaciones tan imbricadas entre la recuperación de la figura de María y la del espacio, revivido de continuo en árboles, ríos, valles y los múltiples rincones que enmarcan la casa patriarcal, al establecer un entrañable lazo entre él y la seducción femenina, pero *no* referida explícitamente a María. Aquí se expresa que la pérdida de ese ámbito amado puede enjugarse, mediatizada por el tiempo, en la rememoración que hace posible el arte:

Estaba mudo ante tanta belleza, como recuerdo había creído conservar en la memoria porque algunas de mis estrofas, admiradas por mis condiscípulos, tenían de ella pálidas tintas. Cuando en un salón de baile inundado de luz, lleno de melodías voluptuosas, de aromas mil mezclados, de susurros de tantos ropajes de mujeres seductoras, encontramos aquella con quien hemos soñado a los diez y ocho años, y una mirada fugitiva suya quema nuestra frente, y su voz hace enmudecer por un instante toda otra voz para nosotros, y sus flores dejan tras sí esencias desconocidas; entonces caemos en una postración celestial: nuestra voz es impotente, nuestros oídos no escuchan ya la suya, nuestras miradas no pueden seguirla: pero cuando, refrescada la mente, vuelve ella a la memoria horas después, nuestros labios murmuran en cantares su alabanza, y es esa mujer, es su acento, es su mirada, es su leve paso sobre las alfombras, lo que remeda aquel canto, que el vulgo creará ideal. *Así el cielo, los horizontes, las pampas y las cumbres del Cauca, hacen enmudecer a quien los contempla. Las grandes bellezas de la creación no pueden a un tiempo ser vistas y cantadas. Es necesario que vuelven al alma empalidecidas por la memoria infiel.* (pp. 4 y 5. La bastardilla es mía).

Solamente en *María* alcanza el acto de leer esta intensidad. Las relaciones intertextuales que tal representación hace con Chateaubriand, especialmente con *Anala*, nos hablan también de cómo procesa los modelos prestigiosos, en cuanto estímulos y desafíos de la producción de una literatura propia. Esta cuestión fue también uno de los modos en que leyeron *María* los escritores latinoamericanos, al entender la novela como origen de un linaje, de un tratamiento de la tensión entre lecturas y escritura. A veces parecieran descubrirse impensadas relaciones intertextuales, una, por ejemplo, en el *Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos* de José Martí, cuyo registro minucioso de lo inmediato deja deslizar el motivo de la chinela, recién citado, en la de la andaluza.

## Notas

<sup>1</sup> Aviso del editor José Benito Gaitán en *La Prensa*, trimestre IV, n. 67, 8 de abril de 1867. Al ponerse en venta esta primera edición se cobró a "dos pesos sencillos". Se hicieron 800 ejemplares, que rápidamente se agotaron.

<sup>2</sup> Cito por Jorge Isaacs, *María*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, Hispanamérica, 1986.

<sup>3</sup> Carlos es el encargado de informar al lector de que Efraín es poeta y de que la lectura había guiado su descubrimiento de la intensidad y de la significación del amor: "recordarás que siempre me reí de la fe con que creías en las grandes pasiones de aquellos dramas franceses que me hacían dormir cuando tú me los leías en las noches de invierno.", p. 76.

<sup>4</sup> Véase Warshaw, J., "Jorge Isaacs Library: Light on Two *María* Problems" en *The Romanic Review*, vol. XXXII, n. 4, dic. 1941, pp. 389-398. A principios de este siglo los libros pertenecientes a Isaacs, los citados y otros no mencionados en *María*, fueron ingresados a la Biblioteca Nacional de Bogotá.

<sup>5</sup> En 1870 Colombia tenía 2.891.000 habitantes. La población era predominantemente rural; solo algunas ciudades presentaban una concentración urbana relevante -Bogotá, 40.883, Medellín, 29.765. El panorama general era el aislamiento de los centros poblados en medio de extensas zonas semidesiertas, aislamiento acentuado por los escollos provenientes de la geografía, que empeoraban los transportes deficientes. Todo ello incidió en el atraso de la integración de un mercado nacional, tanto como en el desarrollo de las comunicaciones y, por ende, también en la circulación del libro y del material impreso en general. El analfabetismo era alto. En 1844 la población escolar era de 26.924 alumnos, de ellos 19.161 varones y 7.763 niñas. La tasa general de analfabetismo continuó alta: hacia 1912, entre los mayores de 7 años, era superior al 70%; en 1938 descende a 46,9%, en 1951 a 43,9% y en 1961 a 39,3%. Los datos provienen de VV.AA., *Manual de historia de Colombia*, Bogotá, 4ª ed., Procultura-TM editores, 1992, vol. 2 y 3.

<sup>6</sup> "La modernidad bífida o los avatares del capitalismo: Martín y Efraín" en Inike Gunia, Katharina Niemeyer, Sabine Schlikers, Hans Paschin, eds., *La modernidad revisitada. Literatura y cultura latinoamericanas de los siglos XIX y XX*, Berlín, Tranvía, 2000, p. 94.

<sup>7</sup> El libro mencionado ha dado pie a interpretaciones de la crítica respecto del judaísmo de María y su significación en la novela, dado que no se ha hallado una obra con tal nombre -se supone un error, o un error aparente; se trataría de *La imitación de Cristo*, muy leído y citado en muchas novelas hispanoamericanas hasta entrado el siglo XX. La "confusión" permitiría leer una flexión mariana, también en cuanto la virgen María era judía.

<sup>8</sup> París, Garnier, s.f., pp.VII-VIII.

<sup>9</sup> "El folletinista y sus públicos. Notas acerca de la reedición de *El fiscal del diablo*" en Olea Franco, Rafael, ed., *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 319, 325-326 respectivamente.

<sup>10</sup> Arcadio Díaz Quiñones, "Recordando el futuro imaginario" en San Juan, CEREP, 1983, mimeo, p. 3.

<sup>11</sup> *Atala* fue traducida al español en 1801 por fray Servando Teresa de Mier. En la impresión, el traductor es Samuel Robinson, nombre utilizado por Simón Rodríguez, con quien fray Servando había fundado en París una escuela de español. En sus *Memorias* apunta, además de estos datos, que el primer comprador fue el mismo Chateaubriand. El peso de éste en la literatura latinoamericana es decisivo en la denominada novela indianista, la cual es totalmente ajena al proyecto de Isaacs.

<sup>12</sup> Isaacs atribuye a Chateaubriand la frase del abate Trenquallye referida a *Paul et Virginie* de Saint-Pierre.

<sup>13</sup> Véase Carme E. Acosta Peñaloza, "Del gesto en la lectura: construcción social del lector decimonónico" en *Revista de Estudios Colombianos*, n. 19, 1999, pp. 30-34.

<sup>14</sup> Rivera y Garrido, Luciano, *Impresiones y recuerdos*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946, vol. 2, p. 34.

<sup>15</sup> Vuelvo a remitir al artículo de Manfred Engelbert, p. 95.

<sup>16</sup> De modo similar al que anota Mary Louise Pratt, respecto del episodio "Más afuera" de los *Viajes* de Sarmiento, en relación con *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe: "tus ficciones ... son mis realidades ...; tu pasado es mi presente; tu mundo exótico ... es mi mundo cotidiano". En *Ojos imperiales*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, p. 332.

Roberto González Echeverría en su sugerente y productivo *Mito y archivo. Una teoría de la narrativa latinoamericana* postula al discurso científico de los naturalistas viajeros por América como archivo modelizador de la narrativa del siglo XIX, perspectiva que le posibilita nuevas redes de relevancia y significación en ella. Como es cierto, también señala esta presencia en la novela de Isaacs (el evidente Humboldt, agregó), revisada aquí desde la incidencia de Chateaubriand -también viajero- en una ficcionalización de la lectura que pone en escena modos de apropiación de modelos: "La historia literaria convencional, que se centra en las obras que caen en la esfera de influencia de la literatura europea como *María* (1867) de Jorge Isaacs y *Amalia* (1851, 55) de José Mármol, apenas reconoce la poderosa influencia de los libros de viajes científicos en esas novelas y en la narrativa latinoamericana del siglo XIX en general." (México, Fondo de Cultura Económica, p. 152).

<sup>17</sup> El tema de la esclavitud ha sido muy tratado por la crítica a la novela y a ella me remito. Solo me interesa considerarlo desde la perspectiva del destierro.

<sup>18</sup> Algunos de los lectores colombianos que leyeron las primeras ediciones seguramente vinculaban la casa de la sierra con la hacienda El Paraíso,

propiedad de los Isaacs durante algunos años, hoy museo, pero en la novela solo una vez se habla del Edén como espacio de la ensoñación de la infancia y de la adolescencia, tan fugitivo como la misma naturaleza puesta constantemente en escena: "La infancia, en su insaciable curiosidad se asombra de cuanto la naturaleza, divina enseñadora, ofrece nuevo a sus miradas... la adolescencia, que adivinándolo todo, se deleita involuntariamente con castas visiones de amor... presentimiento de una felicidad tantas veces esperada en vano; solo ellas saben traer aquellas horas no medidas en que el alma parece esforzarse por volver a las delicias de un Edén -ensueño o realidad- que aún no ha olvidado. No eran las ramas de los rosales, a los que las linfas del arroyo quitaban leves pétalos para engalanarse fugitivas.", p. 81.

<sup>19</sup> Anne Vincent-Buffault, *Histoire des larmes. XVIIIe-XIXe siècles*, París, Rivages, 1986, p. 55.

<sup>20</sup> Roland Barthes, *Fragmentos de un discurso amoroso*, ed. cit., p. 175.

<sup>21</sup> Véase Nora Catelli, "Buenos libros, malas lectoras: la enfermedad moral de las mujeres en las novelas del siglo XIX" en *Lectora*, n. 1, Barcelona, 1995.

<sup>22</sup> Susan Sontag, *La enfermedad y sus metáforas y El sida y sus metáforas*, Buenos Aires, Taurus, 1996, p. 50.

<sup>23</sup> En el excelente ensayo *Acto de presencia*, Silvia Molloy analiza los procedimientos y las significaciones de la pérdida del paraíso de la infancia en *María*, señalando, entre otras cuestiones, el modo en que "incorpora de manera magistral la petite histoire del pasado inmediato ... y logra darle dimensiones de mito." (ed. cit., p. 130). Véase también de Sylvia Molloy: "Paraíso perdido y economía terrenal en *María*" en *Sin Nombre*, vol. XIV, n. 3, abril-junio de 1984, pp. 36-55, cuyas reflexiones han sido incorporadas a mi trabajo.